

CARLOS BOSCH

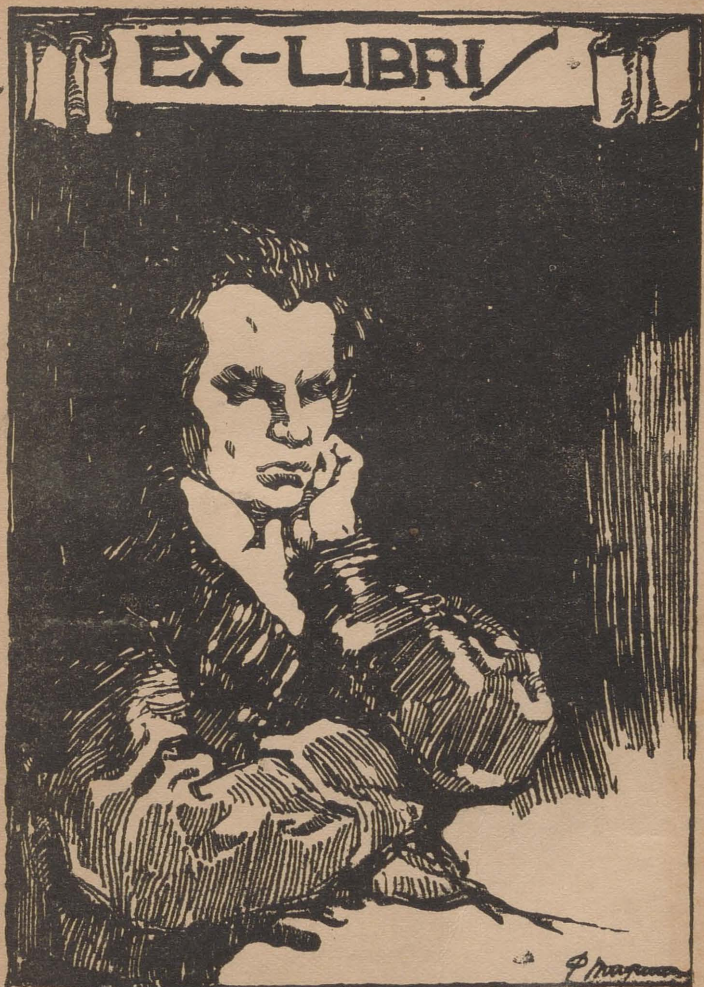
IMPRESIONES ESTETICAS

Madrid, 1918

CARLOS BOSCH

Rojo

Impresiones Estéticas



*Juicios sobre algunos de nuestros
compositores contemporáneos.*

NERO. 1918

PESETAS

IMPRESIONES ESTÉTICAS

CARLOS BOSCH

IMPRESIONES ESTÉTICAS

JUICIOS SOBRE ALGUNOS DE NUESTROS
COMPOSITORES CONTEMPORÁNEOS

MADRID

IMPRESA DE JUAN PUEYO

Luna, 29.—Teléf. 14-30.

MI AMIGO ESTANISLAO DE ABARCA

Debilidad lleva amor de fortaleza y así busca protección en una compañía que la ampare y defienda de los ataques impetuosos del mundo que lucha con energía y trata de asentar su poderío sobre los cimientos de las mismas obras que destruye.

Por eso, cuando como ahora un imperativo impulso, tal vez indiscreto capricho, me obliga á publicar alguna, busco siempre entre mis predilectos un amigo, que al aceptar mi ofrenda, proclame excelencias que no pasaron de intenciones y cuyo nombre, aunque sin responsabilidad, comparta conmigo las miradas del público, si tal merced lograrse, ya sean de compasiva benevolencia ó de sátira desdeñosa.

Pero no busco solamente (que egoísmo sería) esta ayuda y protección al ofrecer mis escritos, sino que más bien son ellos mismos los que engarzando sentimientos parecen por sí solos encaminar la ofrenda hacia el cariño, la simpática

comprensión y la estima de estas cualidades que se reúnen en el elegido, viniendo á ser este encuentro lo mejor de la obra, al menos lo más agradable, al unir nuestro esfuerzo á una amistad publicando su firmeza y su fe.

Por eso, al divertirse mi imaginación huyendo de la vida práctica sin realidad y campeando por regiones ideales, guiado por la fantasía que embellece y descubre verdades de arte y haciendo mis ideas y sensaciones que habían de germinar, produciendo este nuevo libro, que siempre tendrá la gloria de abordar asunto tan digno de preferencia como olvidado hasta el presente, fuiste tú en él mi elegido como confidente y como artista; porque nuestra amistad tiene el glorioso origen del arte que fué su causa, y por él ha crecido, enlazándose con nuestra comunicación espiritual el sentimiento de comprensión y cariño en el alto grado á que llega cuando se unen los mismos ideales.

Al aceptar tú la dedicatoria quiero exponerte mi deseo en esta obra, ó más bien á lo que llega mi aspiración sujetándola á mi propio conocimiento, ¡que me llevara suelta á disparatadas empresas, tratando de precisar las causas y de ellas el curso que siguieron los que desde tiempo van engrandeciendo nuestra música, y de allí deducir conclusiones estéticas y poder analizar minuciosamente y en todos los terrenos las composiciones de nuestros músicos de aho-

ra, y así entonces, ambicionando sin fronteras alcanzar á lo futuro y vislumbrar hasta donde por el camino ya emprendido podríamos llegar en el arte supremo! Pero al volver al reconocimiento real de mi insuficiencia, refrenando mi deseo concedo únicamente á mi necesidad el decir algo sobre cuestiones de arte, y más bien sobre artistas de nuestro tiempo, sin pensar de ninguna manera en una crítica seria ni en un detenido análisis, sino en lo que más bien podría haber sido una conversación ligera y amistosa que contigo hubiera tenido bien á mi placer.

El mundo de las Letras y el del Arte es posible que saliera ganando con que mis ideas se hubiesen limitado á presentarse á ti y en tu propio jardín evaporarse, y yo que conozco las excelencias de tu espíritu artista y también tu erudición estética, á pesar de lo cual guardas hasta el presente silencio con el público, debiera mirarme en tu ejemplaridad y con ella imitarte, si algo debe ser imitado; pero como mi excusa va en aquel imperativo de que hablo al comienzo de esta carta, aunque no sé si es del todo categórico, te pido únicamente completa ausencia de imparcialidad y que antes de haberla leído proclames las excelencias de esta obra, que para mí ya vale bastante con la dedicatoria y los artistas que comenta.

Te pido que las ideas que te sugiera ó los sentimientos que te transmita su lectura, pien-

ses que fueron diálogos nuestros tenidos en tu
sombreado parque, acompañados de aromas y
rumores del cercano mar y transformados en
inflexiones mozartianas unas veces, y otras en
melancolías de nocturno, y reposando poco á
poco su silencio en el eterno comentario del
ambiente que recoge amorosamente las ideas
vertidas, elevándolas á sentimientos inefables,
devolviendo á la tierra el hilo de la lógica, ata-
dora de argumentos que aprisiona.

CARLOS BOSCH.

Naturaleza en sí, apartada de toda visión del constante prosaísmo de finalidad limitada, es belleza que forma una modalidad espiritual, y es, asimismo, crítica sin comentario en la que se depura todo artificio que no lleve una verdad esencial. Fórmase éste en la misma Naturaleza y es entonces beso de tránsito hacia la Humanidad, que amorosamente lo recoge para poder, aun derivando de su propio espíritu, objetivarse en el del mundo, única región donde mientras su accidente puede lograr el ansia ideal y nostálgico de universalidad.

Del sueño inspirado, intangible y sutil que sólo al artista se revela, forma quien sufre este privilegio, con la más alta y noble ejecutoria, que es el dolor al desvelar la vida, su expresión verdadera, en la que se transforma y descansa, encontrando satisfecho el sentido de su potencialidad al armonizar su materialización con la causa precedente, superior en el genio á su misma personalidad.

Por eso la inspiración parece ser como algo logrado de lo que no es de nuestra natural pertenencia. Los mismos hombres geniales lo son únicamente en momentos de excepción, y Dios nos libre de los que pretenden serlo siempre, porque no harán nunca sino recoger lo remitido por otros y que ya es fruto de todos. Suelen ser éstos hombres solemnes, y las ideas en ellos parecen transformarse en ceremonias: son como los que multiplican los saludos por no saber hablar.

A veces, y muchas en el artista, las ideas se convierten en emoción, sin que por ello pierdan nada de su esencia y bien podemos afirmar que así se avaloran mucho más, de la misma manera que la conversación gana en espíritu con la sonrisa de comprensiva unión, y todo gesto expresivo que se armonice con la persona; pero la solemnidad rígida á que tanto nos han acostumbrado los señores de reservados pensamientos, me recuerda á esos antiguos armarios, siempre cerrados, y que solemos respetar y con respeto contemplarlos hasta un día de inventario, en que nos enteramos que no tienen nada dentro.

Tengo para mí que la mal llamada *frivolidad* simpatiza grandemente con la idea y con el ideal. Esa frivolidad es inquietud, es curiosidad, es investigar la idea en cualquiera forma que la encubra. Nuestro pensamiento requiere atesorarse con los que nos precedieron y con los que nos

rodean, y tonificarse también con la reconcentración en sí mismo para robustecerse y aumentar su potencia; pero tal vez dé lo mejor de su contenido al divertir su calidad, olvidando el peso de su tesoro y convirtiendo su riqueza en exquisiteces de buen gusto que contengan la recreación de lo selecto sin la admirable y admirada pesadez científica. La erudición y el método son las grandes trabas del arte, y lo difícil es precisar hasta dónde tales trabas nos son necesarias para no desatinar en nuestro camino. Casi todo el recorrido de los hombres más geniales está falto de lógica, que es como la carretera de ese camino de arte. El espíritu del artista debe dárse nos en su creación, y no tenemos por qué pedirle que sea una consecuencia, una derivación de los que fueron antes, siquiera tenga un aire de familia, algo que está en el ambiente y que se le adhiere como cosa natural. Siempre llevará algo de su tiempo como vibración consecutiva de lo exterior, que le hiere su sentimiento, y si el artista lo es de excepcional sutileza, adivinará en su tiempo el germen de lo futuro y llegará en un avance á realizar para sí lo que todavía será irrealidad para el mundo que le acompaña; se tendrá su creación como fingida ilusión imaginativa de un incoherente, y entonces ese mundo, por inadvertido cansancio, se alejará del privilegiado, deteniendo su marcha y co-reando su inconsciente *non plus ultra*, tranqui-

lizador decir, como toda afirmación robusta, definitiva.

La duda lleva en su incierto camino esencia de verdad, y es el amor de ésta nuestra gran amada. Como todo amor, nos da amargura, porque su apropiado clima no es el del mundo; pero como todo amor, nos fascina con fuerza irresistible. Cuando se eleva á su verdadero sitio, dogmatiza desde su superioridad, y al apartarse del áspero accidente que nuestro pasar investiga, nos ordena el descanso y la abdicación en la fe. Pero al mundo deja la vacilación que va formando las diversas subjetividades y el arte que las expresa y por el que interpretamos nuestra vida ideal. Se rompe ante nosotros, y así al quebrarse produce lo múltiple, y ello mismo engendra el amor de la unidad, que será la obra creadora que deberá depurarse en su formación de cuanto no le pertenece, expresando únicamente la emoción estética. No toda lo es, y de ahí proviene el engaño de gran parte de autores y profesionales que actúan para el público y no por él. Tratan éstos no más que de avivar en momentánea emoción los comunes sentimientos de humanidad, y una vez obtenida sacan al público la finalidad como de una caja de sorpresa. En esta finalidad puede verse precisamente lo que pudiéramos llamar el grado estético intencional, estableciendo la regla de que á menor finalidad mayor grado estético, y asi-

mismo la emoción producida por la obra de arte deberá ser directa y sin relación con ideas de utilidad moral ni social, sino únicamente la que nos dé á sentir por su forma la superior esencia que contiene una vez ya liberada del medio é intensificada con su propia expresión, en que el espíritu, sin extraños accidentes, al manifestarse según su idea, se convierte en belleza, que es la esencia expresada en sí misma. Por eso la observación del artista no debe ser, creo yo, de lo aparente, de lo que suele decirse: ¡qué verdad es! ¡eso pasa así, yo lo he visto!, sino más bien de lo que se oculta en todas las vidas, en todas aquellas que no sean un vegetal únicamente.

Desde luego son muchos los que viven una vida de poesía que ellos ignoran: son como los bienhechores inconscientes, que no obtendrán recompensa por falta de voluntad activa. Necesitan, por lo mismo, del artista que recoja esa emoción de su vivir, porque la belleza, como todo valor, no se pierde nunca, se transforma, se cambia, se reparte, se encubre muchas veces, pero no se pierde. El artista es como si dijéramos el minero de lo estético y el que ha de sacar á luz, á la luz divina del amor, ese tesoro inapreciable que duerme en las vidas, y presentarlo formado según el cincel que á su voluntad obedece, para que vibre en nosotros y nos conmueva y nos sugiera y nos ilumine y nos conduzca por su brillo al deseo de la misma luz que

descubre el mundo y forma el color, que es su pensamiento.

Éste busca esencias y cualidades, amorosa investigación de nuevas modalidades; es ansia de infinito, donde está la verdad en todo su complejo existir, que es la existencia misma, como causa muy velada á nosotros en sus derivaciones accidentales. Pero allí, junto á la verdad y con ella misma está la belleza que el arte persigue, y son los artistas sus servidores, premiados con exaltación ideal y obligados á luchar por la expresión de la idea en su apropiada forma. Rómperse ésta á veces por la misma fuerza que contiene aquélla, y la exuberancia, la potencia de la idea, su fuerza misma es disculpa de que se quiebre la forma, que trata al fin de limitar lo ilimitado.

La Música es el arte que va á la expresión de lo más indefinido, de lo más elevado, de aquello que se indefine por inténsidad expresiva, y es, sin embargo, el más aprisionado en fórmulas de tecnicismo. De su estrechez huyeron y escapan cada vez más los músicos de nuestro tiempo; pero no les es dado sino ensanchar el límite del cercado, aunque en ocasiones se pierda de vista.

Entonces, al suceder así, gritan exasperados los guardas jurados de la crítica, que nunca supieron acertar la dirección fuera del camino, y siempre consideran perdidos y sin tino á los que exploran campos nuevos, que entre diversos y

variados paisajes conduzcan á su ideal, muy lejano casi siempre del alcance limitado de los comentaristas que les rodean. Pero resulta efectivamente singular, y en apariencia contradictorio, que el arte expresivo de lo más absoluto, indefinido y libre, sea aun á pesar del forzado avance debido sobre todo á los modernos músicos, el más aprisionado de todos, creo yo, y el más sometido en el mismo estilo á las fórmulas técnicas. Parece como si esto, absoluto, indefinido y superior quisiera escapar á nuestra expresión en el mundo, y así, sólo en fuerza de trabas y limitaciones, pudiéramos conseguir un algo fragmentario de la idea suprema. La Música es un sentimiento en nosotros y por ser arte tan elevado conviene distinguirlo de su *artificio*. No todos los músicos, ni de los buenos, como tales, son artistas de la Música. La disposición, la habilidad, la comprensión y asimilación de las reglas y estilos y el dominio de la técnica, no hacen el artista, aunque á veces nos den el buen compositor, y por eso se da la paradoja de que el gran artista no suele ser el más perfecto artista. Claro que mejor debiera decirse que el gran artista no suele ser el que expresa con más perfección. Ahora bien: ¿Cuál será el artista superior? ¿El que más conciba, ó el que mejor exprese? ¿El de más idea, ó el de mayor perfección en la forma? Yo tengo para mí que el de mayor idea expresa siempre mejor, aunque más imper-

fectamente, porque esta imperfección se aparenta más bien por nuestra impotencia visual, que no alcanza la forma expresiva del artista.

Tambiéanse da entre nosotros un valor excesivo al vencimiento de dificultades y resolución de problemas exclusivamente técnicos. Es, desde luego, la técnica una cosa del todo necesaria; sin ella nada se haría, y en cuanto técnica vale tanto como medio de expresión; cuanto más se domine y cuanto más se emplee, mejor se podrá materializar la idea en su más adecuada y correspondiente forma, y hasta diré que la técnica, por sí sola, podrá servir como sugeridora de ideas, porque en sus combinaciones siempre late alguna. Pero, por eso mismo, no es complicación, sino sólo elemento necesario para la formación, para la representación de una idea, que si es de belleza (y toda idea lo es), que si ha de producirnos el placer de la emoción estética, contendrá forzosamente al expresarse algo de la emotividad causal en su representación externa.

El Arte se nos revela en la emoción sentida, por el contacto de nuestro espíritu con la obra, y es universal unión, avance en el que toda la variedad humana acelera su caminar á la idea absoluta. Pero los distintos matices y diversas tendencias, que son personalidades unas veces, y otras aspectos de una evolución que finge ser objetiva, entregando al parecer su propia esen-

cia á la vida, dicen bastante de la grandeza de nuestro espíritu, que se indefine y desorienta en esta investigación de su origen altísimo y de su eterno destino.

El Arte es la comprensión del sentido de la Naturaleza y de nuestro espíritu en ella misma, y aun contra ella misma en ocasiones, porque el renunciamiento, la protesta y la divergencia implican también comprensión.

Todo el Universo lleva nuestro pensamiento y el capaz de concretarlo, vivificándolo con su personalidad, será el artista creador que llegará al genio si logra objetivarse hasta formar esa su personalidad de la influencia de su obra creada, dejando, en cierto modo, de ser él mismo. Entonces será su estilo quien le descubra y presente, y la idea se le entregará con toda la sumisión de la esclavitud libre, que es la única que verdaderamente pierde su libertad.

El mundo quiere traducirse en belleza y su deseo por profuso nos confunde. Nuestra sensibilidad se hierde con el cincel al trabajar en la forma de la expresión, la herida nos produce fiebre, la fiebre una excitación creadora, y entonces soñamos inspirados lo que no pudimos hacer. Al convalecer volvemos á nuestra obra luchando con el sueño que tuvimos y que pretendemos realizar en ella, para que nuestra verdad se dé al Universo.

Así el artista quiere entregar su idea en

amor, universalizarla para que lleve su sentimiento el beso de todos aquellos que le comprendan y el de la Naturaleza sugeridora, que produce la forma expresiva, y quiere también darse á sí mismo en su creación, subjetivarse en la objetividad de su obra, donde está precisamente el interés de su individualidad. Nuestra propia visión de las cosas puede ser un aspecto de verdad en esas cosas ó una verdad en nosotros, y también puede ser una relación más ó menos directa con otras verdades muy interesantes realizadas, ó en sí mismas ocultas.

El no ver las cosas más que en su verdad inmediata supone ciertamente muy poco deseo, muy escasa curiosidad de verdad, porque no se pretende en tal caso sino el conocimiento de su representación. El artista busca siempre la verdad, porque busca, precisamente, la parte estética de las cosas. Para ello debemos apartarnos de la cosa misma y aproximarnos á su verdad que es diferente. Eso es lo que pretende y busca el Arte. Las hazañas heroicas viven en nosotros aunque hayan pasado los hechos y se hayan extinguido sus efectos, porque fueron convertidas en ideas de belleza; son obras de arte no materializadas en forma.

Todos los pueblos dejaron la verdad de sus ideales en las creaciones de sus artistas, y las más opuestas razas y encontradas opiniones y tendencias se han enlazado en diversas épocas,

uniendo sus diferencias en una misma dirección artística, porque el ideal supremo de su concepción del arte coincidía luciendo con orgullo el brillo de su esencia perdurable.

La belleza está precisamente en la esencia liberada, que pudiéramos decir, y su mismo fin apartado en un todo de los humanos, se identifica con el que presentimos como de nuestro destino espiritual, y de ahí proviene el desinterés con que gozamos la emoción estética, porque en el mundo damos siempre vida nuestra para los diversos fines, y únicamente la belleza nos da la suya eterna y superior, en la que abandonamos la propia, y el afanar de nuestros deseos, codicias y cuanto forma la voluntad utilitaria é interesada de los mundanos fines.

Esta finalidad, resumen y unidad de perfección, es la causa eficiente de toda forma estética, y al convertirse en idea espiritual, el artista podrá realizarla en su arte escogido y predilecto. Y así vemos que no son todos ellos sino diversos modos de concretar y hacer sensible la emoción que esta misma idea produce en nuestro sentimiento, teniendo un mismo origen y completándose los unos á los otros. Nuestras almas descubren la poesía que se oculta en el misterio inefable del sér y de las cosas que lo representan, se deleitan en el amor de lo que es ya su propia idea, y al concebirla y al engendrar su forma, aciertan á exteriorizarla con su propia vi-

sión, en la que se refleja también su íntimo secreto, las confidencias inspiradas de su espíritu con el universal, divinizado por el beso del eterno creador, y de donde desvelamos las creaciones que los humanos recogen como suyas. El tiempo va presentando la esencia poética de tan diverso modo, que no parece á un espíritu superficial ligero testigo, sino que el Arte se contradice á sí mismo, negando con desprecio en el presente lo que en otro tiempo se admiraba con culto; pero no ha de ser así, porque toda obra ideal lleva la fuerza de su sér contra la evolución formal, que es la que puede morir, y así el principio y la causa que al artista inspira, es siempre la eterna aspiración, inmutable en sus principios, que se deslíen en los variados matices de nuestro particular sentimiento y en el modo personal con que la Humanidad se da á sus pensamientos y sensaciones. Un mismo resplandor es visión distinta de diferentes colores, y á cada cual sugiere sensaciones y emociones nuevas y desiguales, porque las tonalidades están en nuestra relación con los colores. Así es por lo que el interés de toda discusión, más que en el descubrimiento de la verdad, está en la revelación de las múltiples interpretaciones subjetivas, ó en que de ellas surjan nuevos problemas para sondear lo desconocido. La Naturaleza, al confiar con el hombre, no da su secreto, sino el propio del artista, y en él se traduce á sí misma por

misteriosa unión de la idea que en ella reina, con el privilegiado que acierta á conquistarla con el atractivo de su propia inspiración, que se objetiva para recoger como de su patrimonio lo que es asimismo idea universal. De aquí proviene esa genial inconsciencia, que es precisamente la entrega de nuestro yo al del mundo en que palpita todo el sentimiento que en su quietismo es fraternidad y sueño de un vivir de amorosa comprensión, que se diluye en la marcha violenta con que los hombres entran en la penosa carrera de una lucha, que aleja y empaña la claridad de su destino supremo con los obstáculos de inmediatos fines. Son éstos todos de solidario amor, pero la recreación en sus accidentes puede descaminarnos y llevarnos con su seducción de Naturaleza á regiones apartadas y opuestas á las que fueran las nuestras. Por eso el artista que parece buscar su camino con mayor celo, duda en su marcha, investiga el sendero, lo contrasta con su dirección ideal y siempre labora con inquietud afanosa é insatisfecha, luchando con los medios expresivos que nunca llegan á exteriorizar toda la sensible visión interior. La música, por ser el menos concreto, es el Arte que más refleja el sentimiento del artista y esa su idea emotivamente revelada; pero por eso mismo es el arte de mayor vaguedad y el más indeterminado, porque es en su esencia un avance, un más allá sólo vislumbrado por nuestro espíritu; es un

arte resumen, donde unificamos nuestra idea y nuestro sentimiento universales. Y precisamente por lo escondido de su esencia es por lo que su expresión requiere para formarse de mayores medios, y es, por lo tanto, en el que la técnica tiene más importancia, es decir, resulta más necesaria, porque los medios están siempre en relación con los fines, y el fin musical es difícil por superior, aunque muchos músicos se empeñen en demostrarnos con sus obras lo contrario. Ese mismo fracaso de tantos músicos prueba la superioridad del arte, su privilegio. Es el Arte del mundo inefable y el que interpreta la Naturaleza, que es ritmo é idea de melodía, de donde nace el canto que forma el carácter, el estado de alma de los pueblos; después el artista que los representa se expresa según su personalidad los recoge, elevándolos á la altura de su espíritu, traduciendo, revelando su verdadero sentido en su obra, en la que irá la emoción que deriva del mundo, y su idea, que al mundo se entrega con estética materialidad. Y como en la Música la emoción es superior á la idea, es el arte de mayor pureza, el arte por antonomasia, donde nuestro espíritu se recrea libre de toda ajena finalidad. Su pensamiento es de infinito y siempre de un algo intenso, término ideal aún más allá de nuestra concepción, y hasta cuando obedeciendo á más bajas sensaciones se degrada desatendiendo su finalidad, es siempre en menor grado que

el rebajamiento á que pueden llegar las demás artes. Su expresión, universalmente comprensiva, lleva por lo mismo la unión de las almas en comunidad de sentimientos, y así cuando por el carácter de sus cantos, por suspiros y cadencias representa un determinado pueblo, es éste el que transmite su sentimiento sin el egoísmo de exclusión, sino bien al contrario con el imperioso deseo de expansión ideal que no acierta á limitarse en el territorio de su origen.

En la Pintura se representa la impresión de cierto estado de naturaleza ó determinada expresión humana á través de la idea del pintor artista, que ha de armonizarlas en la totalidad de su obra mediante el color, el matiz, la luz y toda la técnica de su arte, y en la Música se representa más bien la emotiva impresión de nuestros íntimos sentimientos á través de la Naturaleza y del espíritu que forma nuestro ambiente, por lo que resulta este arte más psicológico y más humano por su procedencia. Por eso el arte musical no debe desviarse de la vida emotiva, y cuantos intentos se realicen en distinto sentido serán, por hábiles y admirables que resulten, contrarios á su fin verdadero, sin que quiera tampoco decir que una obra de las llamadas descriptivas ó coloristas sean contrarias al fin musical, porque en ellas cabe también el emotivo sentimiento, que siempre será la finalidad de este arte supremo. El afán de nuevas modalidades, petición natural

de nuestro tiempo, ya enervado por el agotamiento de la sensibilidad, generó la nueva pléyade de artistas reformadores que girando fascinados en derredor de sus nuevos medios, los definieron como esencia de su arte, y sin atender al humano fin de la emoción lo sustituyeron con ese artificio de lo interesante, concepto efímero y que el artista debe rechazar, porque suele estar en razón inversa de su misión. Un campo cualquiera puede interesar á un agricultor, á un naturalista, á un minero, á un explorador; pero un artista será el único que se recree en su paisaje, precisamente porque no le interesa nada.

Afánense, desde luego, y creen nuevos medios expresivos; pero sea ello siempre para que el alma se manifieste y avalore el mundo y la vida de todos los hombres, materializando algo de sus superiores inspiraciones.

La Música es, precisamente, el arte que puede prescindir completamente de todo interés, por ser el arte cumbre y representativo de nuestro origen divino. Sin duda pensando así dijo Schopenhauer que era en la sinfonía donde la música celebraba sus saturnales. Es en efecto esa la llamada música *pura*, la que reina con el propio esplendor de su albedrío, no forzado por la concreción que necesariamente ha de limitarla. Y también el poema sinfónico, aunque ya subordinándose á un asunto dado, cumple con el alto

fin de la Música, porque el músico recoge únicamente su esencia, para elevarla á la idea, dándonos la abstracción espiritual de la que fuera acción.

Difícilmente podrá sujetarse al asunto de un drama sin perder su verdadero espíritu al contacto de la vida en sus accidentes. Éstos forman la muestra del mundo; pero el Arte es algo más que la realidad conseguida, y si esta misma demanda una expansión para su brevedad, parece también como que busca su extática perduración, anticipándose el goce del presente con la emoción de un futuro sentido, y aquí está la causa imperativa y la finalidad de la Música. Weber, con todo su genio dramático, no hizo sino elevar sus asuntos escogidos hasta su idea superior, acertando del modo más admirable en la creación descriptiva del ambiente, que es donde está su teatralidad, exteriorizando de modo insuperable el oculto misterio al que obedecen los humanos fines. Y Verdi, que es el verdadero temperamento dramático, el que da en su obra musical todo el humano realismo de la acción, vence con ella, y en un terreno equivalente al literario, de tal modo que á mi entender únicamente nos revela en su música el singular sentimiento con que se ha asimilado el drama escogido, pero sin avalorar en nada la obra en sí. Difícil le sería á cualquiera tratándose del *Otello*, pero es que en todas sus obras le sucede

igual, cuando menos, sin contar aquellas en que no es ni teatral. Ricardo Wagner acertó con el camino de la música de teatro inspirándose en la leyenda, y con ella creando poéticamente esos símbolos que contienen la idea de la vida, y toda su producción viene á resultar una protesta contra lo que pudiéramos llamar *teatralidad de la música*, porque es la completa unidad en un ideal sentimiento que domina á la acción con su poder esencial; y hasta la que aparenta mayor teatralidad, es decir, *exterioridad*: *Los maestros cantores de Nuremberg*, está compuesta de su misma vida, de sus luchas, de sus amarguras y de sus triunfos.

Si que comprendo que obras literarias de poesía sugieran al músico una expresión que lleve la exaltación de su misma idea, resultando un drama en el que la música la eleve á su altura final; pero esto es completamente distinto á como suele considerarse y abordarse el arte teatral. Debiera ser idea y sentimiento entregados al mundo con su verdad de origen; pero suele ser efecto artificioso, donde únicamente se exalta lo aparente de la vida, y en él, á pesar de todo, puede y suele salvarse la expresión literaria amparándose en lo inverosímil; pero difícilmente la musical, que las más de las veces se aprisiona perdiendo su espíritu inefable.

En cuanto á la música de pantomima, que parece, desde hace algún tiempo, haberse pues-

to al uso, y que varios de nuestros músicos la hacen, creo que tiene la ventaja de que dentro de la concreción es más interna, atendiendo á los sentimientos que derivan acciones menos materiales, y siendo además la que impera en el conjunto de los medios artísticos que se le ofrecen. Parece ser éste el intento de un género resumen en el que se unifiquen las artes, manifestándose con la más sutil expresión. Esa es su característica: la sutileza que escapa á la palabra y describe la música. Así debe penetrar en el asunto y formar su espíritu, transmitiéndonos el pensamiento, á veces aun antes de ser acto. Sus personajes han de ser algo así como la imaginación personificada, y en ellos viene á nosotros el reino de lo irreal. Son nuestras escondidas puerilidades, nuestra impresión de los hombres y de las cosas sin la fijación del concepto, nuestra entrada en el mundo de la fantasía y del prodigio. La Música guía los movimientos y dirige ilusoriamente la vida, olvidándose de su pesada marcha. Siempre va el Arte supremo huyendo de la realidad presente y buscando nuevas modalidades para por él libertar la vida. El artista la busca fuera de su apariencia, para recrearse en su espíritu, y al profundizar en su conocimiento y presentarlo conforme á su sentida idea, se aparta generalmente del común sentimiento y sufre la incomprensión, excepto de los espíritus privilegiados que son capaces de

contemplarla uniéndose á ella por el placer estético. Decece por lo tanto el interés en razón directa de la calidad artística de la obra, porque el mayor ideal está aún desprendido de él, y sólo es atraído por la voluntad final, distinta de los medios que nuestro instinto adhiere. Es ese instinto el que las masas pretenden halagar por el Arte, y por eso elevan al artista que exalta el placer de sus sensaciones y lo erigen como ídolo que dura menos que su vida, porque del estruendo plebeyo de las multitudes aduladas por los mercaderes del Arte y de las mismas cobardías de algunos publicistas y de la misma vulgaridad de otros, que sólo comentan sus envidias, surge la reacción, triunfando la verdad, que en su forma suprema de belleza domina el mundo de lo estético.

El artista también suele huir del gran público para manifestarse en una minoría selecta, según su íntima idea, en la que da las más de las veces lo mejor de sí mismo, y el músico acude entonces á esa llamada música de cámara, expresando su poesía con mayor sobriedad, ó valiéndose de algún determinado instrumento, como el piano, donde pueden expresar completamente sus ideas, y sobre todo las que forman lo más querido y lo que no puede del todo entregarse al público. ¡Predilecto instrumento de los artistas aristocráticos! Muchos fueron entre nosotros los que por él expresaron sus mejores

creaciones, como Albéniz y Granados, y algunos de los actuales tienen en las de piano sus mejores obras.

Nuestros músicos son, por regla general, de un temperamento soñador, verdaderamente idealistas, de sensibilidad refinada, que huyen en su arte del halago popular. Son la mayoría de ellos íntimos y selectos para su expresión, con gran visión de lo interior de las cosas y de su matiz, casi imperceptible para el público. Desde luego que yo me refiero siempre á unos cuantos artistas que son *nuestros músicos*, y no aludo como tales á esos otros de fabricación barata para bazares públicos. Tampoco quiere esto decir que únicamente tenga como nuestros únicos músicos-artistas á los que seguidamente comento; otros son también para mí de gran valor, de los que nada digo, por haber casi pasado y ser ya muy populares unos y no serme bastante conocidos algunos de los demás, por lo que no podría comentarlos con autoridad. La tengo muy legítima, dentro siempre, ¡claro es!, de lo imperfecto é incompleto de nuestros juicios, respecto á lo tratado en este libro, y por consiguiente no tengo para qué defenderme y ampararme en la imparcialidad de mis juicios y de mis afirmaciones, que son por el contrario de una pasión extraordinaria. Con todos los artistas que aquí van comentados tengo una íntima amistad, lo repito, y muy grande, con

la familia del único que tan prematuramente murió, José María Usandizaga. A todos creo conocerlos bien en sus personas y en sus obras, y todos me son predilectos; así es que mis comentarios, resultado de conocimiento y pasión, tienen que ser acertados, aun teniendo en su contra mi torpeza para expresar. Con un frío análisis es tan difícil entrar en el sér de las cosas como con una autopsia producir el físico dolor en el cadáver. Por eso, indudablemente por eso, la crítica al uso entre nosotros interesa tan poco. Si esta crítica es musical, han de interrumpir el comentario los consabidos pentagramas con el tema ó con los temas, y la mayor parte de las veces, ¡Dios proteja á la obra para que salga ilesa del atrevido bisturí! Después suele ir una relación con pretensiones eruditas para encasillar al autor en alguna determinada escuela. Franck, Debussy, Strauss y alguno que otro ruso, son hoy día los tributarios de mayor paternidad; después vienen á definir dónde está la independencia, la personalidad, que es algo así como las variaciones de la obra crítica. El crítico huye de la emoción por deber, cumplido las más de las veces sin ningún esfuerzo; pero tanto se aleja, que pierde casi siempre la misma obra criticada, y en lugar de ver combinaciones armónicas y melodías en sonoridad y sentimiento, ve los borrones y manchas de tinta que trastornan su cerebro, ya mareado, seco y paraliza-

do por el serio microbio analítico. Esto es algo así como si un organista, un violinista, un pianista, un cualquier intérprete, pretendiera no sentir nunca la emoción de la obra interpretada para reflejar fielmente el sentimiento que la creó. El crítico, al igual que el intérprete, y aún más, puesto que su labor queda, debe ser un colaborador del artista creador, debe ser la continuación de la obra, su primer efecto, que aspira á ser el perdurable, la verdadera y más legítima emoción receptiva, la más legítima, por ser directa y voluntaria. Difícilmente será tal prolongación ni tal efecto el que comience negándose al sentimiento de la obra, eso de: *Yo no conozco al autor, ni me interesa nada; es más: pienso de modo absolutamente distinto; así es que mi opinión será imparcial.* A lo que yo diría: *Su opinión de usted, señor, de no reflejar algo del sentido ó de la emoción de la obra del artista, no interesa nada en lo que á tal obra ó á tal artista se refiera, y en cuanto al análisis de ella, mejor será que cada cual lo haga directamente de la partitura, si es que lo sabe hacer, y de no saberlo, para nada le sirven los fragmentos que el crítico presente.* Por eso, fuera de lo que sea necesario á las obras escolásticas y pedagógicas, cosa ya algo apartada de la actuación del Arte, creo más bien en la necesidad, á lo menos para recrearnos, ya que está fuera de toda utilidad, de esta especie de crítica puramente estética que yo

trato de ensayar en este libro, aunque sin lograr ni siquiera proponerme más que reflejar algo de mis impresiones, sobre todo las que diré positivas, dejando en el silencio las tristemente negativas, aunque algunas de ellas las haya gritado la masa en sus ovaciones inconscientes. Escribir con el sentimiento emotivo que aclara la idea es inspiración, privilegio que suele huir de los eruditos profesionales, quienes á fuerza de apoyarse en antecedentes y ajenos juicios, suelen debilitar el suyo hasta tal punto, que viene á disolverse entre el polvo de los archivos, «que no he menester autores que me digan lo que yo me sé decir por mí mismo», dijo Cervantes.

Cosa muy distinta es la de procurarnos cada cual una cultura que nos descubra nuestro propio camino y esa especie de caso patológico que se manifiesta en un género de erupción de citas, de fechas, de orígenes y de tantas opiniones en el tiempo que han venido como á desgastar el objeto ó la esencia del asunto víctima de tanta curiosidad de sabiduría. En Música, puesto que de tal arte trato preferentemente, se ha llegado á pretender un exacto conocimiento, como si fuera un problema matemático, de la intención, y no sólo de la intención que tuviera al escribirla, sino hasta de la relación del estado de ánimo de Beethoven con el procedimiento empleado en algunas de sus sonatas, y á establecer un análisis comparativo de su situación perso-

nal con sus evoluciones progresivas en su arte.

De toda esa unión que nos prende en fraternidad se forma el arte como nuestra vida superior, olvidada de las luchas con que el mundo nos sujeta, y cual divina dádiva ofrécese á nuestra contemplación, viniendo á formar de sí nuestro sentimiento, que en esa contemplativa recreación se va perfeccionando. Tal gusta la refinada sensibilidad del artista, de una vida aparte, donde está su propio espíritu, y en ella y desde ella amarlas todas, por lo que también nubla la suya el dolor, más intenso cuanto más reflexivo y consciente. Avivado por la herida que le produjeron las humanas desdichas, busca la redención de los espíritus hermanos, y entonces investiga la esencia de los seres cuando su sentimiento, adelantándose á todo análisis, le impulsa á materializar en forma expresiva su desbordante emoción y crea su obra, dejando en ella su realidad ideal, más ó menos conforme con su personalidad, á veces muy diversa, lo que prueba, sobre todo, la potencia independiente del Arte, eterno vencedor que triunfa en ocasiones hasta de la intención del artista dominado por prestada inspiración.

Esta región del ideal contiene desde luego la verdad depurada, aquietada y definida en que se resume el espíritu de las razas, el de los distintos pueblos y naciones, y éstos suelen expresarse en todas las artes, porque cada una de ellas

tiene su misión particular dentro de la unidad que las conjunta, pero se expresan mejor, según su idiosincrasia, en algunos de ellos, por las que se immortalizan.

Parece ser que el espíritu español, si bien dió en tiempos ya lejanos varios genios músicos, que fueron incluso creadores de orientaciones nuevas en su arte, no ha sido en éste por el que ha llegado á las mayores cumbres de su gloria, alcanzada con el mayor esplendor de universal dominio por el de las Letras y la Pintura.

La luz y el color exuberantes de nuestro pueblo contrastan con el espíritu triste, severo y un tanto frío de sus hijos, y tal vez por eso hayan acertado de modo insuperable á expresar el sentido del mundo real, formando esas obras en las que los mismos esplendores de nuestro sol son tristezas que descubren, que manifiestan las sombras de vidas degeneradas en cruel desarmonía con el ambiente; y así ese mismo fracaso de la Naturaleza perdura en la inmortalidad de un Velázquez, que con su despiadado realismo definió en su arte una idealidad sugerida y creada de la misma fealdad que al darse á la idea se hace estética, porque es de una belleza superior á la que directamente se manifiesta en la forma.

Es posible que por la firmeza de nuestra fe haya descaminado nuestro espíritu el campo de los indefinidos sentimientos, dándose á las concreciones inmediatas en lo relativo y mediante

el apoyo dogmático para el ideal absoluto. Escritores, artistas de la palabra que abarcan y recorren la gama toda de las ideas, llegando á las figuras símbolo de Cervantes y Santa Teresa, genio el primero donde está la Humanidad fracasada, y más allá del genio, con su visión de eterna divinidad, la Doctora de Avila, practicando en vida su inspiración ultraterrena, son y componen la gloria de nuestras Letras, que con los que hicieron el siglo de oro nos dieron en tan excelso arte el derecho de universal soberanía. Pero ese deseo, esa ansia de un algo indefinible que sea como un anticipo de nuestro ideal, la emoción que pierde su intensidad con la palabra, la que no estaba sino en el pueblo que por instinto la cultivaba entre nosotros, la que no supo desarrollarse más que al servicio de lo religioso, la que forma el supremo arte, había de tener al fin en España su expansión necesaria, mucho más cuando, aun desatendida, se engendró en el pueblo con toda la poesía de nuestra tradición y con la variedad que compone la unidad del mismo.

Nuestro tiempo va logrando lo que en otros fueron esperanzas sin éxito inmediato, quizás debido á la decadencia que la Música sufría en todas partes bajo el imperio del vulgo.

En esos mismos años tuvimos aquí figuras que eran signo de nuestra potencia en el arte que tan abandonado hemos tenido, y si no para

otra cosa, como prueba de tal capacidad sirven muchos de los que componen nuestro género de zarzuela. La general tendencia del gusto fué depurándose y poco á poco redimiéndose, hasta llegar en cierto modo á lo que puede considerarse como la decadencia por perfectibilidad formal, que en muchos casos ataca á la esencia ideal de la obra.

Los que ahora son nuestros músicos jóvenes más artistas (al menos conocidos por mí) han tenido el acierto de hacer sus estudios atendiendo y penetrándose de los más modernos procedimientos, es decir, de los procedimientos todos, y muchos de ellos fuera de España, lo que no perjudica en nada al sentimiento español, porque se estudian y á veces se aprenden los medios técnicos, pero no las ideas ni los sentimientos, aunque algún artista, en su afán á lo didáctico, haya pretendido que le enseñen el modo de sentir la emoción y de crear ideas de belleza.

Esta juventud que para mí representa lo mejor de nuestra música, la forman los comentados en este libro, no digo que exclusivamente, porque hay algunos de los que por no poder hablar yo detalladamente no van en mis impresiones, entre los que cito en ejemplo á Oscar Esplá.

Mi frecuente trato con los comentados, mi cariño y mi intimidad con ellos, han sido la causa que me sugirió esta obra, completándola

en su cantidad con algunas ideas, más bien impresiones, que no me atrevo á calificarlas de ideas, sobre mis sentimientos estéticos. Tengo cierta necesidad de manifestarlos y así son efectivamente sólo ellos los que forman este libro. En él van juicios, afirmaciones y pensamientos sobre arte y sobre artistas, y éstos pasarán ante los que me lean quizás personalmente modificados por mi interpretación. Sin embargo, en cuanto á su significación artística me ilusiono de no haberme equivocado y mucho menos aún en cuanto á sus cualidades; así es que únicamente queda mi temor en lo que respecta al juicio de algunas de sus obras y algo más por la aventura de meterme en su intención creadora. Mis impresiones sobre sus obras reflejan las que me dieron respectivamente sus personas y sólo uno, Manuel de Falla, resulta en ellas contradictorio, porque en sus creaciones va la expansión que falta á su vida. Toda la que por sí se hace digna de su existencia se forma del Arte dejando una idea estética de su esencia, comprensible al artista que la recoge para su obra ó para su inspiración, bien directamente de la persona representativa ó de la poesía, que es la emoción que se entrega á la universalidad por haberse alejado de su primera causa. Procedencia y destino componen la unión variada de la ilusión gozosa que ofrece la esperanza del futuro oculto con el recuerdo de cuanto fué en nosotros para nuestra

finalidad cumplida. Quisiera que fuese la de este mi libro comprensión de lo que representa para nosotros, para nuestro arte musical, cuanto han realizado ya estos artistas de quienes escribo; quisiera también que cuantos me leyeran se despreocupasen de otros apasionamientos para entrar en los que yo les presento á favor ó en contra; quisiera que se me combatiese, porque así aumentaría mi pasión y con eso mi expresión sería más verdadera, y deseo por último que me lean sólo personas que sepan escuchar las palabras que para la mayoría son perdidas.

En nuestras costas cantábricas de los alrededores de Santander vive un amigo mío que es á quien este libro va dedicado; tiene su casa un jardín que es discreción y aristocracia. En él reuniría yo á unos cuantos soñadores, les suplicaría que me perdonasen y después les leería la obra. Al terminar su lectura, la bondad de mi intención, la calidad de los artistas que me la sugirieron y la poesía de aquel ambiente la habrían avalorado.

Esto es lo que pido, pues, á mis lectores: que imaginen una región fantástica donde toda palabra lleve idea de poesía y por amor á la Naturaleza sea una exaltación del Arte, y así, con el amor que él representa atiendan á mi relación no como severos censores, sino con el sentimiento de gloriosa fraternidad que á todos nos une en el culto á la belleza.

USANDIZAGA

La idea del artista creador manifiesta su esencia en la obra creada y en ella va contenida la vida del que la concibió depurada en sentimiento y liberada de todo accidente.

Tributa con la forma lo que al mundo debe y en la forma está el peligro de lo transitorio, pero siempre reinará con ese poder é imperio de apariencia inmortal, cuando el espíritu que fué su causa supo manifestarse y crear en la obra la idea de su propio ser, su íntima verdad, su ideal, en suma. Al morir en tal caso la persona no morirá el artista, y en el dolor que su desaparición nos cause irá la exaltación de sus creaciones y por ello también una mayor intensidad en su vida misma, porque un artista como José María Usandizaga vive en la emoción de su propia música y en ella transforma su energía con la instintiva generosidad de su talento.

Así al morir queda su idea y la esperanza perdida de posteriores obras suyas proclama

por sí sola su grandeza haciéndonos sentir que su desaparición no es ya la de un hombre que deja el dolor en cuantos con cariño le trataron, sino la de un espíritu artista que en breve vida del mundo acertó á recoger su poesía, sus luchas de pasiones, sus llantos de tristes destinos, y apropiándose los por inspiración, darnos en la música su verdad misma y todos los matices de un exquisito sentimiento.

Su juventud y energía creadoras nos aseguraban futuras obras en las que su temperamento definiese las evoluciones, promesas que parecen haberse realizado y convertido en el misterio de una idea desvanecida en la poesía de un eterno sueño á que le llevó su instintiva aspiración ultraterrena y el desequilibrio de un espíritu de grandeza que consumió con el poder creador la enfermiza constitución que no pudo seguirle rindiéndose en muerte á la inmortalidad del artista.

Por eso, con el ideal de las almas que es amor universal, busca la de Usandizaga la comprensión de su arte y con dominio lo logra, uniendo así su vida en las pasiones de las nuestras y en los momentos en que añoramos el valor de lo que pudo ser, de lo inefable, ¡que tal vez hubiera cantado en su melodía nuestro íntimo secreto con la adivinación de los elegidos que aciertan á objetivar lo más suyo para entregarlo al mundo en confidencia que confirma la

unión esencial de nuestras almas! Y el presentimiento de su rápida desaparición parece ser el que da á sus obras la exaltación apasionada de una intensidad realista que es tan humana y por eso mismo tan teatral, porque necesita expansionarse en la acción el desbordamiento de su lirismo que pide la vida misma que le va faltando y por el milagro de su arte consigue detenerla en su huída y perpetuarla en el mundo con toda la pasión de un deseo que no ha de lograrse y no sabiendo renunciar se ampara y cristaliza en belleza. Y su amor humanitario, que le ha hecho sentir y ser intérprete del dolor, es el que pide con ansia la unión comprensiva del público con su obra, conseguida sin esfuerzo á pesar de la dificultad que ello supone para un artista que por su misma sinceridad ha de expresarse siempre según su idea y en adecuada forma exteriorizarla sin caer un solo momento en la vulgaridad. Concede ciertamente, pero aclarando al público su modo de expresión sin tomar él la que pudiera ser de la masa, porque la sutileza está en su espíritu, en el que sólo influyen los que son artistas y más ó menos directamente impresionan su temperamento, que nunca le hubiera permitido concretarse á un plan determinado con una finalidad preconcebida, sino que verdadero devoto del Arte le daba como único fin el de la belleza conseguida por la forma que la define conforme á la

personalidad de su creador, y así traduce en la suya la idea del mundo, la esencia que roza el sentimiento y sólo se da á la inspiración que la conoce, la medita y en su propia idea la convierte con esa fusión que es amor en sí y se entrega al mundo como lo mejor del alma que en él quiere perpetuarse con el instinto de inmortalidad temiendo al olvido como reflejo de muerte. Parece perseguir Usandizaga afanosamente el logro de que su vida perdure no ya en sus obras, sino de ellas como reflejo del mundo con sus pasiones y miserias, con sus egoísmos que en odio convierten el amor que no sabe renunciar en nuestro más personal sentimiento que él generaliza en el humano elevándolo á la causa estética de donde deriva todo accidente. Ahí está precisamente el idealismo que lleva toda obra de un artista verdadero, su origen y su destino siempre superior á la acción de sus accidentes. Obedecen éstos á impulsos naturales y muchas son las veces en que el mal se mezcla en su desarrollo sin que por eso desaparezca la belleza contenida en la armonía del conjunto. Y el realismo, camino del ideal, es también la lucha, el trabajo que ha de conseguirlo. Unión de fuerzas contrarias que son ambiciones y flaquezas, sueños en los que nuestra fantasía descubre los fines que son anhelos de nuestro espíritu y asperezas que dificultan la marcha, sujetando á la tierra lo que pa

rece no pertenecerle, sentimientos, que están en nosotros, de donde nace el Arte con la imperfección y el mal de los hombres, pero también con su propia verdad. Es toda la vida con mucho más de lo que por sí concede, pues la inspiración necesidad creadora es precisamente el vivir nuestro que la realidad nos niega y como tal lleva esencialmente nuestro yo, el espíritu profundo, nuestra visión, nuestra sensación y nuestra emoción del ser y de la poesía universales. Usandizaga como artista no podía realizar lo que hubiera sido vida gastada por su misma marcha, y su temperamento le pedía, le exigía la expansión de toda la tragedia humana con la crudeza y la vitalidad con que él sentía receptivamente el sentir de los hombres; pero ese desbordamiento siempre de un lirismo exaltado, se aparta aun con los latidos de las vidas reales á las regiones en donde han de serenarse con el eusueño que las convierte en belleza, con la forma de una manifestación estética. Siempre lleva su obra el sentimiento de un sueño irrealizable y una voluntad fuerte que parece bastarse para con dominio realizar su propósito y en ello podemos ver el símbolo de su ser. Su espíritu de fortaleza, de ambición y de ideal afirmaba con resolución que su personalidad quedaría definida, y sólo acabando su existencia transitoria pudo el destino vencer á su imperio quedando aún su última obra como grito de protesta, como

triunfo de la muerte, como conquista del tiempo.

Y en ella quedó una esperanza consoladora de aquel momento de muerte, verdadera voluntad póstuma con la que legó *La Llama*, ópera en tres actos, letra de Martínez Sierra, con tres prólogos fantásticos que representan los espíritus del fuego, del agua y de la muerte, sirviendo, respectivamente, como un anticipo descriptivo de la acción que les sigue con la forma del drama lírico moderno, desarrollándose ampliamente las melodías representativas de actores y sentimientos, y de un estilo en el que contrasta la serenidad del canto en ambiente popular con la inquietud de los giros orientales, siempre siguiendo con gran intensidad la trágica leyenda que le inspira, cualidad que caracteriza á Usandizaga. Se apodera del asunto dramático escogido, y con un sentimiento teatral difícil de conseguir logra conmover al gran público rebelde por lo general al verdadero arte. Pero este artista tan humano necesita dejar entre los hombres algo de su sentimiento expansivo, y aun alejándose algunas veces de su verdadero secreto íntimo, prefiere con el dominio que de su arte posee recoger en su obra el motivo palpitante de las muchedumbres y entregarse á ellas á sí mismo con toda la intensidad de su pasión exaltada dándose en ocasiones quizás demasiado para un artista de su exquisito temperamento que á pesar de todo

triunfó como tal en el conjunto de su obra.

Diversos caracteres y estados de alma los de los artistas, complican la formación de un criterio fijo que nos guíe por el verdadero camino del arte. Cada uno tiene el suyo particular, su interpretación del mundo y de la vida, su ensoñada visión del misterio, su representación de la idea. Pueden recoger la emoción universal en su espíritu exteriorizando su esencia, como flor exótica de reservado jardín sólo transitado por escasos paseantes curiosos á quienes no sé si atreverme á calificar de privilegiados, ó perseguir objetivándose el aprisionamiento en su emoción del humano sentir general, que aciertan á traducir con su propia personalidad, y con ella hablar para todos y en nombre de todos. Son estos últimos los dignos del popular homenaje de las innumerables gratitudes; son los primeros los que viven en las almas solitarias, en los espíritus de aristocracia, en los mejores momentos de las mejores ideas, en la emoción que traduce el misterio con el silencio, ese infinito decir sin palabras que forma el encanto de la Naturaleza y de las cosas.

De éstos también se nos revela Usandizaga en varios de sus primeros ensayos y en *Umezurtza* (La huérfana), escena coral para voces mixtas y orquesta, obra íntimamente sentida, que directamente transmite su propia emoción en la más depurada forma y en el desarrollo de

la idea de una poesía que se apodera del triste sentimiento que la inspira. Es ésta seguramente la obra que él tenía para sí más que ninguna otra, y por ello mismo su lirismo se concentra conforme al carácter de serena melancolía, de resignada convicción de su fin prematuro que le llenó de esa contemplación de su propia vida que entregaba al amor de su arte y á ese amor de las demás vidas que al fin fueron atraídas por su fuerza creadora.

Puede decirse que en *Umezurtza* comenzó á definirse, más bien á afirmarse su personalidad, con menores influencias extrañas que en sus demás obras; en ella no existe esa preocupación del efecto que siempre lleva toda producción teatral, y su maestría en la técnica alcanzó un muy alto grado.

Las Golondrinas, drama lírico en tres actos, letra también de Martínez Sierra, fué estrenada en Madrid, con éxito realmente extraordinario, en Febrero de 1914. En ella se dió á conocer al gran público que le aclamó como uno de nuestros mayores artistas músicos. La fuerza dramática del asunto está sentida y exteriorizada de modo admirable, y tiene también momentos como el del comentario de la orquesta á la canción de la Primavera, en los que el artista da su propio sentimiento de sutileza, por lo mismo menos recibido del público. El coro final del acto primero es de una gran poesía de ambien-

te y una nota de impresionismo muy acertada se da al oír la banda del circo contrastando con la orquesta, en el segundo acto.

Mendi mendiyán, pastoral lírica en tres actos y epílogo, letra de José Power, fué la primera obra teatral de Usandizaga, estrenada en el teatro de los Campos Eliseos de Bilbao, en el año de 1910. La poesía de la región vasca está descrita y exaltada en el contraste de las pasiones que forman el drama, y su música lleva toda la espontaneidad del artista que sin preocuparse tal vez con menos conocimiento del público, se inspira en el asunto escogido y crea una obra gloriosa para su país y su región. Otras muchas forman las que pudiéramos llamar de preparación, como son varias de piano, de órgano, de piano y violín, dos cuartetos, una *suite* de orquesta y un poema sinfónico y algunas melodías para voz con acompañamiento de piano. Por recomendación del pianista Planté fué Usandizaga á estudiar á la Schola Cantorum de París, y una vez completados allí sus estudios, siguió la serie de sus composiciones con obras más á conciencia, aunque muy influenciadas aún, como es natural, de la Schola, y entre ellas están *Yzurakbat* (fantasía para orquesta), *Euskal festara* (marcha para banda), *Bidasoa* (obertura) y *Rapsodia*, obras las cuatro de carácter vasco, que obtuvieron los primeros premios en los concursos de los Juegos florales

éuskaros de 1906, 7, 8 y 9, respectivamente. Su producción es bastante numerosa, siendo varias las composiciones de piano, de órgano, de piano y canto, de orfeón, de violín solo é instrumentos de arco, de violoncello y piano y de orquesta, posteriores todas ellas á sus estudios hechos en París.

La pasión que no logra satisfacerse, el amor que da lo mejor de sí mismo sin conseguir la unión ansiada con la que pretende darse á la vida, y la muerte como término, más bien como expansión de un sentimiento atormentado, el llanto por lo irreparable, siempre un algo de violencia trágica ó de honda tristeza, es lo que inspirara á José María Usandizaga, destinado para un mundo aparte, como todo artista que lleva en sí la visión de la belleza en su esencia y en la acción, no vista por la generalidad de los hombres conforme á la verdad de su idea y la razón de su forma.

Así es como recoge en su arte y manifiesta, en belleza el sufrimiento de las vidas miserables, de los peregrinos que nunca encuentran su lugar de espiritual refugio. Lo tuvo el artista en su mismo amor á la música, en sus altos ideales y su constante trabajo, y con él formó una vida distinta de la suya, porque era su verdadera vida. Intensidad, emoción, lirismo, todos los sentimientos animados en los instantes de despedida, en esos momentos en los que nuestra efusi-

vidad pretende dejar un recuerdo que sea algo de nosotros mismos, un vivir nuestro de lejanía, parecen animar la obra conjunto de José María Usandizaga, y así resulta para nosotros su muerte como ausencia de una vida no acabada y siempre perdura entre las nuestras con el culto debido á su talento.

San Sebastián, que fué su pueblo, lloró con amargura la pérdida de su hijo predilecto, y todos cuantos se interesan por nuestro arte habrán lamentado seguramente su desaparición. Con ella ha dado ya tributo á la muerte la evolución moderna y progresiva de nuestro arte musical, y siempre representará para nosotros un símbolo del arte que es sacrificio y renunciamiento.

Todo creador, hombre de ciencia ó artista, deja en su obra un destello de inmortalidad que pretende descubrir el misterio de la infinita esencia y viene á ser la representación de nuestro privilegiado destino. El inventor científico avanza y extiende el dominio de este mundo y las leyes hasta ellos ignoradas se entregan y obedecen á su ingenio que las descubre; los humanos les debemos en muchos casos la vida misma y por eso la suya ha de recordarse siempre y hemos de glorificarla. Pero el artista, al crear su obra avanza, anticipa en cierto modo y nos permite vislumbrar algo de lo que como realidad no podemos gozar en esta existencia;

nos comunica ese amor indefinible, con el que unificamos en la exaltación de nuestro sentimiento que se funde en la misma obra de arte apartándose de todo interés al conseguir la emoción estética que nos perfecciona, toda la belleza que del amor se forma, y su creador, predilecto nuestro, no sólo perdura en la gratitud humana, sino con toda la expresión de la vida que no alcanza la misma realidad, viviendo el sueño de nuestra fantasía, irrealidad que consigue aprisionar en la forma y que al realizarse se convierte en amor como fin esencial de nuestras almas.

Así, con toda la intensidad de su música apasionada, vivirá siempre José María Usandizaga en nuestro recuerdo como esperanza de nuestro arte y como culto de nuestro pasado. Su voluntad fuerte y ambiciosa es ejemplar para los artistas, y su prematura muerte nos habla de más altos fines.

MANUEL DE FALLA

El artista, al crear por su espíritu con la emoción inspirada en un sentimiento la obra que fué en él verdad de un momento, que se hace universalmente humano, y eterno por la belleza y la idea, vive en su creación lo mejor de su vida y á veces, como en el caso de Manuel de Falla, lo más oculto y secreto, aquello que por amarlo tanto, sólo se nos descubre con el amor de un beso eterno de despedida al alejarse de su idea para concretarse en forma que el mundo recoge como de su pertenencia.

Su personalidad se nos presenta difícil de conocer y muy complicada. El hombre de cortesía y distinción difíciles de igualar, de trato ameno y carácter atractivo, de modales que llevan en sí ejecutoria de heredada nobleza, tiene poca, tal vez ninguna relación con el artista representativo de una raza intensa de supersticiones y misticismos, de vivas realidades y delirios de fantasía, expresiva y sin embargo incom-

prendida, contradictoria como exaltación humana, que renuncia por la posesión, que desprecia y mata por avaricia y por amor, que peca por religiosidad, triste y melancólica por exuberancia de luz, dando culto á la muerte y al misterio por su apego á la vida y á lo visible. Curioso peregrino de los exotismos, busca nuestro artista el alma que canta su poesía y la identifica con la de la región andaluza, la de su nacimiento y de sus primeros años, elevando á la cumbre de sus ideas y transformando en ellas las palpitaciones que son emociones de una raza convertida por el ilustre músico en arte universal, arte con el que consigue expresar todos los más variados matices de su sensibilidad, exaltada en la inquietud de su fantasía, en la que vibra unas veces la pasión indomable de una raza trágica, y otras la voluptuosidad oriental de poesía que sueña en la presente vidas pasadas que perduran en el milagro de su inspiración como «leyendas que viven á pesar del olvido» (1), que lleva en sí la variedad de cada momento, emociones de las diversas horas que en el reposo pasan como armonías de colchones, en las que nuestra fantasía descubre la infinita expresión.

Manuel de Falla, que en la vida de relación rara vez expansiona sus sentimientos, necesita de la soledad, y él lo confiesa, más que otros mu-

(1) VILLAESPEA: *El Alcázar de las Perlas*.

chos artistas. El Arte es para su espíritu no solamente una necesidad, sino también un mundo aparte, mundo en el que vive la íntima verdad de su vida, la que nos comunica en sus creaciones. Su corrección social, tal vez exagerada para un artista en el que los sentimientos se desbordan, hace que se aísle bastante y para poder conocerle en toda su atrayente espiritualidad precisa sorprenderle en su soledad y confiar en el terreno de su arte. Tanto es su culto por él que á pesar de su cortesía y flexibilidad de alta comprensión no deja nunca de sostener su criterio con toda energía y entusiasmo si alguien lo ataca siquiera sea indirectamente; pero reconociendo el derecho de todos que respeta siempre. Tal es la variedad de sus ideales y de su sensibilidad, que resulta su personalidad casi contradictoria de un idealismo místico que al mismo tiempo va deteniéndose con perezosa complacencia en la voluptuosidad de un remoto orientalismo que ha formado el encanto ya propio del espíritu de Andalucía y que él recoge y lo expresa con todo el poder expresivo de la escuela francesa, la formada principalmente por Debussy, de quien fué discípulo, y por Dukas, que como Albéniz, le dió también *preciosos consejos*, según su decir.

Antes de emprender el viaje á París estudió la composición con Felipe Pedrell, y el piano con Tragó, revelándose pronto como artista ex-

cepcional; pero por lo mismo fué poco comprendido en sus obras, una de las cua'es hizo vaticinar á un empresario que se trataba de un muchacho de escasas condiciones para el asunto y que nunca haría nada de particular. Pero los verdaderos artistas capaces de juzgarle apreciaron pronto su valer, y yo mismo oí decir á Tragó que su discípulo Falla era una de nuestras esperanzas mayores en el arte musical español.

Durante todo este tiempo anterior á su marcha á París hizo según he dicho varios trabajos de composición, como fueron un cuarteto para piano y cuerda, un poema para piano, flauta, violín, viola y violoncello; varios dúos para violín y piano y violoncello y piano; varias piezas en forma de danza para cuarteto de cuerda; melodías vocales y piezas para piano, y algunas obras teatrales que ya hacían presentir al gran artista que se reveló como tal en *La vida breve*, drama lírico en dos actos, de cuyo poema es autor Carlos Fernández Shaw. Toda la tragedia de crueldad social, de vida burlada al serlo para la pasión de amor que en muerte se transforma; las horas de poesía absoluta en que el día se indefine y la luz matiza en la Naturaleza colores que tienden hacia la unidad ideal de suprema belleza; el encanto ensoñado de un atardecer en Granada y cuanto la imaginación del poeta ha creado, elevado está por el músico en esta obra al más alto grado de lirismo y drama, que llega

á lo genial en el acto primero. Música descriptiva que lleva en sí y acierta á comunicar toda la sensación del ambiente, la fatiga de las vidas que trabajan bajo un sol que les da penalidades para su esfuerzo obligado siendo de alegría y halago que ríe gozosamente para el vivir de los redimidos; colorista y característica en las danzas del segundo acto, de exaltada sensualidad que al contener su impulso se transforma en desbordada pasión que el dúo expresa con toda la fuerza trágica de la acción, con la adivinación de un alma apasionada que imagina en sus delirios de presente las amargas realidades de lo por venir, que al llegar al tránsito de lo actual acierta en el drama con admirable visión realista y filosófica la expresión de ese momento en el que una existencia burlada por el mundo quiere reír su propia burla tomando parte en su fiesta, en la que toda una clase social queda ennoblecida por la suprema ejecutoria de la muerte.

Debe considerarse *La vida breve* como una de las obras definitivas de su autor, y en ella se muestra ya cual genuino representante en música de esas leyendas que son unas veces espíritus de poesía, magos del ambiente que crean con los misterios de una emoción traducida en aromas y murmullos en los que canta su inefable encanto la Naturaleza privilegiada, el matiz que expresan como forma que no se concreta porque no acierta á materializarse, y otras al realizar el

humano destino como en *La vida breve*, llevan en sí sus protagonistas la fuerza pasional de una raza impulsiva y fatalista que sabe morir porque no sabe renunciar.

Asuntos universales son todos los de la vida, y no creo yo que el artista que trate de reflejar en su arte el espíritu peculiar de una raza ó región determinada deba en modo alguno cultivar únicamente la nota típica que es después de todo la en que menos se manifiesta su esencia y á veces la menos propia, porque suele ser en muchas ocasiones resultado de una asimilación que le es extraña en su origen, y aun no siendo así, siempre será cosa superficial que podrá cuando más servir de adorno colorista y descriptivo, pero no como su completa representación.

El artista creador, para poder interpretarla, habrá de recibir en su sensación y definir como cosa propia con toda la modificación de su personalidad, sugeridora á veces de una idea aparte que por voluntad entrega y con amor se identifica al espíritu indefinido, «espíritu sin nombre, indefinible esencia», todo cuanto forma ese mundo que encierra su alma en el jardín de su armonía, y que el artista, al recogerlo en la fantasía con el encanto de lo irreal, va extendiendo en sus creaciones esos momentos que de vida fueron y en las lejanías de la causa como emoción perduran.

Y así, con el ropaje de la más flexible forma sutaliza Manuel de Falla sus ideas y sus sentimientos y únicamente con ella y á su amparo oculta ó así lo pretende toda la intensidad que escapa á su misma depuración estética.

La creación artística, que es en donde toda la marcha de la vida detiene su esencia, necesita de un pensador que al encontrarla se convierta en poeta; pero ella asimismo vendrá también á convertirse en idea y de esa unión resultará la obra de belleza en la que un alma se revela al mundo; pero su verdad absoluta podrá encubrirse más ó menos, según la expresión que es la forma. Obediente y flexible se da á quien consiga dominarla; pero como el dominio es también una influencia pasiva ejercida por lo dominado, la forma con una seducción insuperable y de halago á la idea que trata de encadenar va infiltrándose en ella, se esclaviza á su potencia y se da en un todo, pero al unificarla con el beso de unión pide que la ceda parte de su soberanía y por conquista de amor consigue modificarla y hasta en ocasiones reinar por sí sola según el grado de debilidad de la fuerza á que está sometida.

La expresión por sí sola sugiere una idea, la lleva en sí porque no es sino modificación de la que ya está contenida en la Naturaleza como expresión de la causa absoluta. El genio es la fortuna que acierta á descubrirla y muchas veces se encuentra al perseguir el color que en

nuestra vista matiza un sentimiento, un recuerdo de nuestro vivir que huyendo por la inconstancia que le tuvimos fué á descansar en las tonalidades de un jardín que es silencio y comentario; al crear con la imaginación el paisaje que á nuestro paso se descubre ó al buscar en el pentagrama la expresión de un poema ó un drama en los que el artista acierta su propia idea, oculta á veces en la sensación que con la forma se manifiesta.

En toda creación artística se da una verdad del artista creador; pero al separarse de la idea su causa para objetivarse en obra de belleza, sigue unas veces toda la armonía que conocemos en la personalidad que la expresa mostrándose únicamente como una extensión exaltada de la misma, ó se desvía hacia la expresión de ideas y sentimientos no supuestos por ocultos en el artista que los forma; y entonces da en ellos no ya una extensión, sino una idea nueva que contiene la verdad de su sentimiento estético con el que concibe una vida de fantasía aparte de la del mundo. Por eso en ellos no es el arte la completa expresión de su vida, sino un ensueño que pretenden poblar de fantásticos seres perseguidores de lo oculto en la idea, de lo exótico en la sensación. Su espíritu desprecia lo que la realidad le ofrece y crea su irrealdad que por milagro de belleza se materializa en arte.

Se abren para nosotros las maravillas ocultas

de lo que no ha existido concretamente; ¡pudo serlo!, y así nuestra fantasía se interna en los campos cercados del ideal, y ve la humanidad en Fidiás, la vida de esa misma humanidad en Shakespeare con toda su extensión, que es duda de un pensador poeta que se esclaviza al misterio; en Hamlet, pasión amorosa que sufre el castigo de su aspiración divina en Romeo y Julieta, amor sensual de posesión que conformándose a sufrir se consume en los celos que causa el crimen por el que se consigue inconscientemente la ausencia de un alma que estorba como libre; en Otello, amor ciego y dolor supremo en el Rey Lear, y así en toda su obra está un mundo aparte en el que los humanos viven su tragedia con toda apariencia real, pero sin la realidad misma.

Ve esa región que confunde Naturaleza y Arte, poemas y diálogos que son paisajes armonizados con el espíritu que en ellos reina y con ellos se identifica, resurgiendo en el sueño glorioso del renacimiento, y asimismo, más que ver, adivina la esencia poética que cruza inmaterial é intangible por la altura donde el genio labora, la que alienta en la tierra misma como descendida por amor que protege, la que marcha en las ondas de una corriente que va reproduciendo en su profundidad, como el artista, la idea universal que recoge en su centro.

Manuel de Falla pertenece, como ya he indi-

cado anteriormente, á esta clase de artistas, que no extienden en el arte su personalidad conocida en el mundo, sino que nos dan un mundo que es su visión interna, su sensación del temperamento y del vivir de una raza y de los sueños recogidos, nostálgicos, por glorias pasadas, de esperanzas y de recuerdos, que sombrean los jardines con el matiz de sus confidencias.

Así, además de esa tragedia de *La vida breve*, en la que muere el amor por su fatal unión con la vida, que intensifica, crea el insigne músico esos nocturnos que son «Noches en los jardines de España», horas que convierten el tránsito en armonías que contienen su espíritu, ese espíritu que crea la idea conforme al ambiente de voluptuosidad, que sueña pasadas glorias, y leyendas que viven en la emoción del supremo instante, en que los rumores de un palpar lejano son comentario de angustias que murieron, los reflejos de un surtidor luces en las que brillan los delirios que por inspiración realizaron las maravillas del «Generalife» y la claridad de una noche que añora cuanto fué indefinición de amor que une en sí como esencia de mundo, luces que son color, perfumes que parecen entregarnos el secreto de su melodía, misterio todo que se desvela ante nosotros bajo la protección del augusto silencio, que es su expresión. Así Manuel de Falla, privilegiado confidente, nos traduce en ideas perdurables las historias

intangibles que sólo en música pueden expresarse. Sutilezas espirituales de la emoción más interna, que parece desprenderse del mundo, persiguiendo la inmortal esencia con ansia de infinito, y que no puede contenerse ni aun en el lirismo de un poeta que nos dé su misión en versos de los más variados ritmos, se expresan en estos nocturnos, como almas de jardín que sueñan tradiciones y donde las de los escogidos se refugian como interrumpiendo la esclavitud de su vida, en un sueño ó delirio que en flores presenta su fantasía, en aromas su propia conformidad y en las ondulaciones transparentes del agua, su porvenir que ilusiones finge.

GURIDI

La Naturaleza manifiesta en su expresión la ideal esencia que es el amor de nuestras almas. Se forma para el arte de nuestro propio espíritu y con él se define en sentimiento reflejando la vida misma en lo que es quietismo y armonía que aduermen el dolor estético siempre oculto en todo existir humano. La universalidad es el resumen, la soñada unión en belleza de todas las verdades que se indefinieron en emociones; pero éstas como nuestros sentimientos derivaron de causas inmediatas á nosotros, fueron fantasías de nuestra imaginación realidades tan nuestras que no pudimos alcanzarlas, dejando de ellas solamente un algo de lo que fué sin accidente, sin materializarse. Así la sensibilidad del artista descubre el profundo sentido del ambiente en que vive y recoge para el mundo el íntimo decir que lleva la verdad y la apartada confianza con que se revela el oculto sér de una idea sugerida á los compenetrados con el verdadero

espíritu poético que se da á la inspiración creadora por la que logra la forma concreta que es su representación. Pero la idea estética, al realizarse, se manifiesta siempre en una modalidad que llena, no solamente algo de la esencia, sino el carácter y la fisonomía propia de su causa. Ésta, una como eficiente, la belleza en sí, se ramifica y extiende al abrazar lo múltiple, lo vario de la universalidad. Parece palpitar como la vida misma, como ella emocionarse con lo visible y con esa emoción transformarse en la ideal representación que expresa una finalidad en sí. Es la comprensión de la Naturaleza por el hombre que ha de interpretarla según su espíritu, y de esta unión de Naturaleza y Vida se engendra el sentimiento estético. Todas las tendencias, hasta aquellas de más snobismo, llevan en su origen siquiera sea como causa remota este sentimiento de Naturaleza aun en su artificio que muchas veces finge apartarse y en otros distintos inspirarse. Emoción de humanidad fué siempre la que hizo moverse rígidamente en la escena las guiñolescas figuras en que los poetas han exaltado más libremente las pasiones de la vida sin tenerla que sujetar ó amoldar á un limitado temperamento, y la misma *Petroushka*, de Strawinski, lleva en su exotismo un colorido de ambiente en que se manifiesta el sentimiento del músico, por artificiosa que sea su expresión.

Así por mucho que forzarse intente y preten-

da descubrirse para lograr nuevos y en todo diferentes principios estéticos que den al Arte origen diferente y distintos fines, nunca se conseguirá sino recorrer su imperio ilimitado, de campo sin cercado, pero todo de romanticismo. Ideales que batallan con la fuerza de sus opuestos colores hasta confundirse en la unión que matiza sus variedades. La Música es el arte que los expresa todos en esa su forma insuperable que no necesita de lo concreto, y por eso será siempre el arte predilecto de la causa estética, el de la pura finalidad. La esencia de poesía que es misterio desvelado por el Arte, parece ser fuente en la melodía infinita del Universo, y de ahí acaudalarse para todas las bellezas que causan las distintas artes. Todas constituyen la expresión de la voluntad que se hace forma; pero esta voluntad lo es en cuanto á la objetividad, es decir, al pasar la idea por nosotros para darse al mundo, porque su concepción es superior y no es dado muchas veces alcanzarla.

El artista descubre en el reposo de la Naturaleza la idea poética que convirtió en tradición el paso de las almas que nos precedieron, y al traducirla en su arte crea con los mejores momentos que fueron de todas ellas el espíritu de un pueblo que por él se revela. De aquí el culto ofrendado con tanta justicia y la alta significación de esos creadores como Mistral, que nos ha dado en sus obras toda la suavidad que es gloria

y amor de la Provenza. Wordsworth, que da en sus ideas mismas el paisaje que las inspiraron, y entre otros, Chopin, que ha personalizado en él la Patria que se le dió con sus ideales de heroísmo y sus amargos desalientos. Entre los de tales inspiraciones hemos de contar á Guridi, que ya ha definido lo que será en lo futuro la gloria de su nombre, insigne entre nuestros músicos. Artista exquisito de los públicos selectos que distinguen la calidad en las cosas; artista de las minorías conscientes lleva en su espíritu y da en sus creaciones, sinceramente sentidas, las emociones depuradas producidas por la sutileza al unirse con el más alto grado de su sensibilidad refinadísima. Creador de los lirismos de la región vasca, que parece ofrecérsenos como paisaje con ritmo, afanoso investigador de sus cantos y tradiciones y poeta de los comentarios misteriosos del decir inefable, á fuerza de sentimiento, representa Jesús Guridi el verdadero espíritu íntimo, recogido, de místicos ensueños y voluntarias frivolidades aristocráticas de graciosa forma, del sentir nostálgico y triste que nos da la verdad por el encanto sugestivo de su naturaleza expresiva. Nos expresa á su través todos los ideales de la raza vasca y los engarza en sus obras con su propia poesía, con su romanticismo en parte contenido por la elegancia espiritual en él característica. Sin sugestión por escuela alguna determinada, resulta por lo

tanto uno de nuestros músicos más sinceramente personales y así llevan sus obras esa espontaneidad que parece no laborada por preconcebida idea, y es porque siempre va acompañada por la identidad de su sentimiento.

Guridi, que pretende darnos en su música lo mejor de sí mismo, es de una escrupulosidad y exigencia tales para sus composiciones, que nunca le será dado producir con rapidez, porque pretende precisamente, y lo va logrando, legar en sus creaciones la completa expresión de su modalidad definida en esa forma que explica como cincelada materia que va á nuestra sensación, la vaguedad en que vislumbra el sér oculto de las cosas, de las armonías del mundo, que su espíritu concibe y su inspiración interpreta. Recreándose con la dolorosa voluptuosidad del trabajo creador va formando por él su propia personalidad de artista y alcanzando el fin de perfectibilidad expresiva con el dominio de los medios que constituyen la técnica siempre puestos al servicio de sus ideas musicales.

Poesía de las almas niñas que aun no son sino símbolos del amor que las concibió, y el dolor de la vida que no pudiendo todavía herirlas, se dibuja sobre sus juegos como añoranza por un recuerdo que se borró al apartarse de su compañía en el mundo. Encantados coros en que su espíritu algo triste de sufrido artista,

acierta á presentarnos un comentario que contiene todo el incierto temor de lo que será mezclado con la amargura tranquila y melancólica de lo que no llegó á ser, son las tres escenas infantiles: *Así cantan los chicos*, obra dedicada á D. Luis Lezama Leguizamón, y en la que Jesús Guridi, sobre temas populares de canciones de niños, borda como si dijéramos la inspiradísima exaltación de su primitiva idea, y con insuperable maestría de aparente sencillez, con sus recursos para el empleo de las más características armonías y modulaciones y con sentimiento que en esta composición expresa de modo casi genial, produce esa creación emotiva tan nuestra y tan humana que nos comunica el amor que une á los hombres y que en los comienzos de las vidas existe como causa única de existencia, ese vivir que expresaba lo que es en su primer estado de conformidad con la idea, con el ritmo mismo que la Naturaleza le presta, y del que tanto se aleja cuando al correr el tiempo trazando accidentes en sus pasos ofusca y desalienta, inquieta y agita, formando nuestras pasiones, tan nuestras que ya no se aquietan en nuestro paisaje, sino que piden una vida aparte con la fuerza de nuestro yo independiente que es el que ha de crear el sentimiento de naturaleza como representación de nuestra vida, lo que constituye la personalidad. ¡Dichoso el artista que con el dominio de la suya y con ella

misma nos da la encantada serenidad de esa sublime inconsciencia, que es el beso con que el dormido misterio se prende á la realidad ideal que presintió! Así, amparándose en la poesía libre aún de toda lucha, y que se representa al mundo como bellissimo cuento creado por la fantasía del espacio, sigue Jesús Guridi inspirándose en los cantos infantiles, siendo una de sus últimas composiciones las formadas por *El príncipe triste*, derivada de un pequeño romance, y cuya música tiene cierto carácter antiguo, y *Un día de campo*, que no guarda relación alguna con el anterior, sino que son completamente opuestos como composición, aunque conservando los dos el sentimiento infantil que les inspiró. Es indudablemente este músico de los que con mayor maestría saben combinar las voces, y son muchos los cantos populares vascos por él armonizados, algunos de los cuales fueron conocidos con gran éxito por el público de Madrid cuando las audiciones del Orfeón Donostiarra. También del mismo carácter vasco tiene una serie de ocho cantos para piano, y *Neure martie*, canción de estilo popular.

Difícil es sin gran visión poética, que la obra total, inspirada según se ve en un carácter regional determinado, no adolezca de alguna monotonía y pueda abarcar además géneros tan diversos como los emprendidos y logrados por este artista, y es precisamente, porque á través

de todo el encanto de paisaje sugestivo para las almas y sugerido por inefables evocaciones, está su espíritu romántico y su sentimentalismo herido por esa naturaleza de nostálgicos ensueños. Están en sus obras para órgano las recogidas meditaciones de los templos con todo su sentimiento religioso, y de ellas forman parte una fantasía que fué premiada en la Exposición de Valencia, y *Villancico, Improvisación, Preludio é Interludio*, composiciones que denotan además su gran dominio, propio de tan excelente organista como él, que es uno de los más notables de España.

No creo yo que Jesús Guridi sea un temperamento á propósito para el teatro, porque su mismo romanticismo, muy subjetivo, le aparta de lo completamente definido y exteriorizado; así es que las obras que produzca para este género serán tal vez poco teatrales en el sentido de poco acusadas de ser del todo comprendidas por el público, como sucedió en Madrid con *Mirentxu*, idilio lírico vasco en dos actos, con letra de Alfredo de Echave, representado en Bilbao y en el Liceo de Barcelona por la Sociedad Coral de Bilbao y después en Madrid en el año de 1915. La música sigue íntimamente el drama de la muerte, que recoge todo el dolor de la pasión cruelmente atormentada de Mirentxu, y describe el sufrimiento angustioso y sin esperanza, que parece formar también la tristeza del am-

biente, exaltada en la música, pero que no puede llegar á la masa del público, por demasiada sutileza psicológica y por su sinceridad emotiva. En la actualidad se ocupa de la composición de *Amaya*, cuya letra tomada de una novela está arreglada por Teodosio de Egoñi, en tres actos y epílogo. Esta obra intensamente dramática es de factura más amplia y libre, se presta á gran variedad en su música y tiene también algunos temas vascos, siendo pintoresca, y la del primer acto, antes de desarrollarse el drama, de mucha poesía describiendo el atardecer y la salida de la luna, como presagio de la acción que sigue.

Debe ser en realidad el arte teatral, y sobre todo el drama musical, un arte de pasión y de vida; pero precisamente la pasión y la vida emotiva, que es la que puede ir al Arte, son las manifestaciones menos externas, y siendo así por consiguiente, debiera ser en este arte donde el público pusiera toda su observación, despreciando las superficialidades. Entonces la forma prodigio de lo estético cincelaría su creación, presentando las almas con el dolor que viven y con él su intimidad, su inquietud y sus contradicciones al luchar por los opuestos ideales de su marcha; podría detenerse la acción ó más bien sus accidentes, porque tanto un diálogo como una melodía pueden decirnos infinitas cosas esenciales que en el quietismo se descubren y

que no se dan en la rapidez de una acción continuada. El interés del teatro debe evolucionar hacia la emoción, que es diferente del interés y casi lo excluye, porque éste pide siempre avance y la emoción se recrea en su propia contemplación. El interés es extensivo y la emoción intensiva. Por eso en general los artistas se apartan del público, ó más bien el público de ellos; porque el artista busca su expansión espiritual, su verdadera representación ideal que no suele ser una serie de incidentes casuales, atractivos de la curiosidad.

No quiere esto decir que no haya grandes artistas entre los comprendidos y adorados por el público; pero éstos tampoco han escrito para él, y además suelen serlo á pesar del público, y en general, por aquello que ha sido menos apreciado de la masa.

Desde luego que el arte es patrimonio de los hombres y no ha de tenerse por tal aquello que no sea comprensivo; pero es cosa absolutamente distinta lo comprensible de lo generalmente comprendido, sobre todo en la belleza donde la comprensión está principalmente en el sentimiento. «¡Deidades, héroes, ninfas y faunos, fueran tus únicos habitantes!», dijo nuestro Benavente, «espíritus de ciencia y de amor los únicos que te contemplaran»; y bien puede tenerse por seguro que si tal paraíso gozáramos, el concepto del Arte sería en algo dife-

rente al nuestro general, porque es de tan superior esencia que sólo se descubre á los espíritus escogidos que gozan el privilegio de contemplar en sí la idea de toda existencia. Debe estar en la obra teatral, por encima de la misma acción, que no es sino sugeridora de ella, como no es el libro que escribimos toda la expresión de lo que á escribirlo nos llevó. Y es este público capaz, el que ha de colaborar perfeccionando nuestra obra practicando nuestra intención. Así la masa que le acompaña materialmente, no puede seguirle en espíritu y viene á ser esa fuerza contraria que protesta contra lo que se le escapa por sutileza y sentimiento que no alcanza. Pero el Arte es tan necesario como inútil, y si el artista no bajase á inferior terreno desvirtuando su finalidad, sería por fuerza que en suprema inconsciencia se sobrepasara á sí mismo, el público inferior, el que lograría elevarse á la región superior por el milagro de la belleza, que es amor redentor.

Por eso merecen culto de arte los que á ejemplo de nuestro Guridi crean siempre sin descender de su ideal, y sin concesiones á la vulgaridad.

Así campea libremente al dar forma á sus creaciones sinfónicas, en las que desborda su fantasía acariciada por el ensueño de la región que él nos presenta, avalorando su propio espíritu, y así también se nos presenta él mismo siempre soñador, con toda su íntima emoción y

su aristocracia. Son sus producciones de este género, *La leyenda vasca*, poema sinfónico que dió á conocer la Orquesta Sinfónica de Barcelona y que es de las obras predilectas de su autor. Otro poema sinfónico, *Egloga*, premiado en la Exposición de Valencia; *Elegía*, obra para violín principal y orquesta, dedicada al malogrado artista Joaquín Blanco Recio, y *Una aventura de Don Quijote*, poema que fué premiado en el concurso del Círculo de Bellas Artes del año 1916, siendo conocido por el público de Madrid en un concierto de la Orquesta Filarmónica. Está inspirado en la aventura del vizcaíno. Se inicia con cierto carácter moruno y describe también el efecto de la aridez de la llanura, de ese paisaje austero donde nuestro espíritu se libra de toda voluptuosidad con el ansia del oculto infinito. Nos presenta el tema de los frailes sacado de uno religioso salmantino, y también contiene otro vasco, siendo el de Don Quijote completamente original. Es esta una de las obras más importantes del autor, por sus ideas siempre espontáneas, y que se manifiestan en una expresión de forma elegantísima y por el exquisito sentimiento de la orquesta.

Otras varias obras de piano, de canto y de violín y piano componen el conjunto de las creadas hasta ahora por este artista.

Músico poeta, va desvelando en sus melodías el pensamiento legendario del país vasco en el

que se inspira, y por sus creaciones nos revela su personalidad, definida en ellas con todo el atractivo de su espíritu superior.

Ambicionando con afán quizás algo inconsciente la inmortalidad, forma ese inspiradísimo poema *Así cantan los chicos*, ofreciendo lo mejor de sí mismo á todas las almas que renuevan el mundo, regocijadas ilusiones para las vidas que comienzan y para las viejas vidas recuerdos del pasado, si como tal algo triste, suavemente florecido por el sueño del porvenir que lo encubre y lo corona de gloria. Así se abrazan la esperanza de lo futuro y la fe de lo extinguido enlazando los tiempos. El genio del artista parece escapar de su tránsito y entre los nuestros Jesús Guridi vivirá en su música vida perdurable y gloriosa para nuestro arte.

JOAQUÍN TURINA

De un subjetivismo tal vez exagerado para un artista, que ha de expresar la esencia de su inspiración que no es sino la realidad del mundo por él comprendida, Joaquín Turina se da á sí mismo en sus creaciones y todas ellas son él y siempre él bajo sus diversos aspectos.

Hombre de sensibilidad enferma por espiritual sutileza, tan desigual en la intimidad como socialmente correcto, es este artista un gran afectivo algo desilusionado del mundo, suspicaz en sus afecciones, independiente por temor de sí mismo, con cierta presunción de escepticismo siendo un creyente, aunque protesta contra su fe, Joaquín Turina será siempre el artista de los íntimos sentimientos, de las confidencias desvanecidas en el secreto que reserva lo más selecto de nuestro sér, intérprete sentimental de los espíritus que viven la emoción re-

cogida y acariciada con la elegancia de su obra ocultando al vulgo esa pasión que no vibra ruidosamente en el mundo.

Todos los medios técnicos que permitan manifestar la idea en su más refinada forma son necesarios á este músico, y en ellos ha encontrado su modo absolutamente natural y propio, para que su personalidad triunfe y subjetive lo externo en la totalidad de su creación.

El extranjerismo del que ha sido acusado por algunos críticos, no es sino cultura y asimilación cosmopolita que todo hombre y más aún todo artista debe tener, y así habiendo cursado en la *Schola Cantorum*, bajo la dirección de Vincent d'Indy, Turina posee el dominio completo de la orquesta propio de la escuela francesa y el secreto de sus más acabadas sonoridades. Pero su sentimiento es tan suyo y tan libre que está fuera de toda clasificación. Sin embargo, sus obras llevan en su espíritu el de nuestra nación y el de nuestra raza porque tiene Joaquín Turina la visión y el sentimiento oriental en sus nostalgias regionales, con la alta idea y el sentimiento de universalidad que le caracterizan.

Este sentimiento nacional que llevamos en el alma se desarrolla en sensibilidad cuanto más alejados vivimos de la Patria, y el más cosmopolita suele ser el más patriota, aunque parezca paradójico, ó tal vez por ello mismo, porque

toda paradoja es síntoma de gran verdad, es un avance en la verdad misma, en la que muy pocos llegan á las últimas conclusiones. Todo lo *evidente* tiene el peligro de una gran falsedad, y por eso mismo el Arte es tal vez la verdad del mundo y la que directamente presiente la verdad absoluta. El Arte es como dice Wilde «completamente inútil», y el Arte no prueba nada, porque es reposo y símbolo de eternidad y toda cosa útil y toda prueba es camino y no fin de jornada.

Todo arte debe ser manifestación ideal de una personalidad, es decir, la acertada expresión de una idea estética; en toda forma estética hay belleza y hay arte por lo tanto; pero es que no existe forma sin idea; toda flor la tiene ó la representa, como la representa una montaña, una piedra misma.

El temperamento de un artista, ó sea el alcance y la dirección de su sensibilidad, consta de una parte innata y esencial y otra adquirida después que al fundirse con la esencial toma como dijéramos carta de naturaleza y puede con su misma fuerza llegar también á modificarla. Por eso es cosa á la que se debe mucho cuidado y reflexión esta de elegir escuela que debe ser la más adecuada al temperamento del artista para no perderle en un laberinto desviado de su natural camino.

Así Joaquín Turina dió en el más oportuno

momento con la dirección artística que fuera probablemente más apropiada para encauzar su arte, y así comenzó á escribir sus obras primeras con natural elegancia y sobriedad. Pero bien pronto se destrabó del escolástico rigorismo, cosa que le fué necesaria, porque es él un soñador meridional y por lo tanto colorista que lleva á su orquesta las luminosas tonalidades variadas que descubren las maravillas perfumadas de esa región de fantasía ideal y de cálidas realidades de pasión que vive bajo un cielo de alegría presentida para un tiempo futuro en que nuestro sér descanse y goce con el beso de amor de esa luz que veremos con el infinito lucir de lo increado.

La Naturaleza es manifestación de la idea de belleza que matizándose en nuestra sensación nos da un préstamo estético que cada cual debe devolver con un interés proporcionado á su riqueza ideal; pero el matiz tiene infinitas variaciones, grados y modalidades, porque reside en la unión de un momento de la Naturaleza con el de un estado de nuestro espíritu ó una impresión de nuestra sensibilidad. El matiz es la definición de lo indefinido, es el secreto que nos entrega la Naturaleza y en nosotros evoluciona convirtiéndose en idea que el artista concreta y aprisiona en la forma para sujetarla al mundo. Y es así que esta idea debe reflejar el yo de su creador más que el objeto de su inspiración, por-

que el objeto de inspiración lo es en tanto que pueda modificarse y elevar su propio sér natural ó su representación en la concepción de una idea superior que lo exalte en melodía, poema ó color.

Bien lo contiene con todas las fases diversas y variantes de su personalidad degenerada en exquisita sensibilidad y en sutileza de pensamiento, la totalidad de la obra creada hasta el presente por Turina, manifestación de la unidad de su sér que sabe presentarnos con el conjunto de toda su variedad en la forma elegantísima en que aquieta aprisionando en infinidad de suaves matices, con cincel de soberano artista, las pasajeras emociones que en Música las perdura.

Y desde el último secreto de su *Sonata romántica*, que siempre procura apartarla de todos los programas de conciertos tal vez porque acusa demasiado alguna fase de las más intensas y escondidas de su sér, nos va comunicando el artista lo que dicen para sí los adormidos rincones sevillanos, jardines que viven más en los momentos olvidados por la multitud, en los que unen el misterio de su vida, tránsito de las inefables emociones y sentimientos de las humanas, con las confidencias de las almas soñadoras que adivinan las ideas que huyen en el amor de aromas, la alegría de su naturaleza que brota en los colores y la nostalgia de su pasa-

do, denota que llora el espacio de su lucha con el tiempo.

Con la forma de ensueño y vaguedad que llevan hasta ahora sus producciones, dominando con la modulación los variadísimos matices de su sentimiento y sutilizando en la expresión de su idea la visión colorista que siempre va en él unida á una emoción espiritual, lleva su inspiración á los géneros más variados y sabe objetivar su propia personalidad á lo requerido por la acción teatral y esto me da más que nada la medida de su gran talento, porque para mí, el temperamento de Joaquín Turina es romántico y libre, por lo tanto más hecho para campar libremente por el género sinfónico y para desgarrar íntimos ideales, deseos y recuerdos en las composiciones de piano, que para ceñirse á un asunto dado en que ha de atenderse necesariamente á las exigencias de la acción, á la teatralidad.

Claro está que un escritor admirable por ejemplo, siempre llevará en su obra, aun suponiendo que carezca de toda condición como autor dramático, los primores de su estilo, la belleza de la forma y el valor de los altos pensamientos que posea y así su obra dramática tendrá un valor mayor seguramente, si la juzgamos en artistas, que otras de más teatralidad; pero este escritor, este literato, en tal caso, no necesita en lo que se refiere al desenvolvimiento

de su arte del admirable arte de las costumbres, que lo acogen muchos artistas para poderlas tener. Y algo así de esto es á mi parecer el caso de Turina subordinando á un asunto teatral y concretando por lo tanto su idea y su inspiración que recobra el vuelo con deseada libertad en cuanto el libro lo permite, como sucede en *Margot*, y entonces su lirismo expansionado da la emoción completa resumen de todo su pensamiento y donde está el espíritu de la obra. Bien logra sin embargo el dominio de tan difícil técnica, y contra su impulso instintivo va musicando con lógica el drama elegido, apoderándose del asunto y condicionando de tal modo la orquesta y las voces que como en la citada *Margot* el público puede oír con claridad pocas veces conseguida toda la letra del drama. Esta es la primera obra de teatro que estrenó en Madrid en el otoño de 1914, y después ha musicado *Laberinto*, de Martínez Sierra como la anterior, y que se presta tal vez más á su temperamento. Es un asunto moro, tiene exaltada pasión, descripciones impresionistas y *scherzos* de surtidores que presagian y advierten, que sueñan en reflejos de melodía recogiendo luces de vida y derramando en sus perlas milagros de amor. *La mujer del héroe*, también de Martínez Sierra, es la última obra de teatro que hasta el presente tiene Turina, y en ella ha puesto una nota verdaderamente acertada de esa gracia

madrileña tan peculiar y característica del pueblo mezclada, fusionada más bien con esa del desengaño, del desamparo que sufre la protagonista, cuya canción de cuna es de supremo encanto, donde parece detenerse la intensidad de un amor insuperable ante el sueño del hijo que vislumbra la vida desde esa edad que la precede, y que nada sabe de su crueldad, de su ambición, del dolor que lleva la madre mientras lo mece con esa canción que con su ritmo suaviza la expresión dolorida de su acento.

Su obra de piano, manifestación íntima y la más completa de su ser, consta hasta ahora de las ya comentadas y de *Sevilla* (suite en tres tiempos), *Recuerdos de mi rincón* (tragedia cómica), *Album de viaje* y *Mujeres españolas*.

Sevilla, composición en que Turina acierta la unión invisible con que se funden los resplandores que inundan de luz y alegría la región cantada con la tristeza de su remoto orientalismo que ha dejado la firmeza de su fe transformada hoy en la verdad cristiana, como algunas de sus mezquitas lo fueron en catedrales. Visión religiosa algo trágica, porque se detienen en el drama intenso de sangre y muerte inmortal que hiere la sensible fogosidad y la imaginación de su realismo.

En toda ella palpita el alma de la ciudad encantada, mágica atrayente de tradiciones y leyendas, gloriosa por sus hechos históricos y más

gloriosa aún porque reposan con su adecuada armonía en el antiguo marco legendario que los guarda con culto de presente y duración de pasado.

Pintura exaltada que lleva en sus páginas musicales toda la alegría de la vida que ríe alborozada por la exuberancia de luz, toda la voluptuosidad de sus aromas y paisajes y también toda la melancolía con que reacciona un espíritu poeta observador de lo transitorio y siempre amante de la esencia inmortal.

Pasa sin cesar de unos á otros esa alegría chispeante de su raza divirtiéndose con sus fiestas, ennobleciéndose con su generosidad, aristocratizándose con el ingenio flexible de su imaginación sutilísima; pero siempre queda en el ambiente predilecto de la Naturaleza la realidad de su poesía intangible que únicamente el arte puede transmitir en forma concreta con su poder ideal. Así lo ha logrado en esta obra Turina guiado por el amor á su pueblo, y de la *suite á Sevilla* podemos decir con Villaespesa: Tu regia pompa se retrata,—bajo tus cielos de zafir—como en espejos de oro y plata,—en el azul Guadalquivir.

El *Album de viaje*, que consta de cinco números: *Retrato, El Casino de Algeciras, Gibraltar, Paseo nocturno, Fiesta mora en Tánger*, es una composición descriptiva que piensa llevar á la orquesta, lo que será un gran acierto, porque así

depurará aún más la sensación en matices y sonoridades.

Constituyen los viajes una modificación sensorial, un estado de alma que en la que sea artista se identifica con el espíritu del ambiente, uniendo en él los recuerdos de ausencia, que viven con la intensidad de lo intangible. Alegrijas iluminadas de fiesta se confunden en *El Casino de Algeciras* con la fantasía meridional, triste y soñadora del autor en un enlace constante de unidad perfecta. *El paseo nocturno* es también una descripción de libre serenidad, de íntima recreación de un espíritu que se eleva á los altos é inefables sueños que son nuestra propia vida, vida de momento que el artista ha conseguido transformar en poesía que como tal no muere. La *Fiesta mora en Tánger* es típica, con toda su rudeza y carácter regional formando contraste y completando al mismo tiempo la bellísima obra.

Sus composiciones de orquesta son hasta el presente *La procesión del Rocío*, descripción de una fiesta en Triana, y una parte de *La vida de Cristo*, que ha comenzado y de la que se dió á conocer lo hecho en un concierto de la Sinfónica en la temporada de 1915. La obra es de suma dificultad, como bien se comprende por el asunto, y su autor ha conseguido en lo hecho elevarse á la idea de un gran artista y darle forma apropiada y digna de ella.

Es en suma Joaquín Turina uno de nuestros

músicos modernos en que más hemos de confiar y que cada vez va definiendo más su personalidad. Siempre buscándose á sí mismo van sus creaciones manifestando su estilo propio y libre de influencia ajena y de ahí esa íntima elegancia ya peculiar en él, aun las creaciones que pudieran ser más objetivas como esas teatrales, y entre ellas las que describe la parte mímica de *Navidad y Santa Teodora*, de Martínez Sierra también. No procura siquiera una intensa manifestación dramática, porque nunca aborda lo que está fuera de su sentimiento; pero no es ello nunca falta de emoción, que más está á veces en lo que se oculta bajo una sonrisa que es término y amargo comentario que mezcla las emociones para expresarlas con la voz inefable sólo comprendida por los escogidos. De éstos y para éstos es Joaquín Turina, no me cansaré de repetirlo, y así va en sus mejores momentos á la obra de piano y á la composición de *lieder* para continuar el género que con tanta inspiración comenzó con el de la rima de Bécquer (1), y que ahora proyecta seguir, inspirándose en varias poesías de Campoamor.

Joaquín Turina es en su música lo mismo que en su persona, y por eso su arte lleva la verdad de su alma, la aristocracia de su espíritu. Idea iluminada por su inspiración y forma conseguida con dominio soberano.

(1) Yo soy ardiente, yo soy morena.

CONRADO DEL CAMPO

Devoto artista de lo inefable. Es la Música para Conrado del Campo la más adecuada y directa expresión de sus sentidas ideas y no de otra manera podría satisfacer sus ansias espirituales de comprender y subjetivar lo abstracto, esa indefinible variedad que compone la unidad universal.

Es así Conrado del Campo un artista poco técnico en cuanto al fin de su obra, y por eso mismo su música, profusa en ideas, es de una técnica muy poderosa porque los medios han de ser proporcionales á los fines servidos y son éstos tantos y tan variados para su espíritu de atormentada inquietud que por intensidad ideal no le es dado jamás el reposo; que necesita de todo su dominio de la forma para darnos en ella con su obra algo de su emoción directamente transmitida.

Poeta idealista no deja nunca escapar la expresión directamente de sus sensaciones, sino

que siempre es la exteriorización emotiva de un momento vivido con la mayor intensidad espiritual, instantes que son el desprendimiento de lo más predilecto, de lo que es nuestro amor á lo que fuera nuestro vivir ideal que se da en la obra y con ella al mundo como renuncia de nosotros mismos.

Este amor efusivo de redención por la belleza es tan imperioso en Conrado del Campo que le impele á ser en sus obras un verdadero improvisador y sólo así ha podido realizar tan fecunda labor como la por él lograda, dándose el caso de hacer una ópera en cuatro meses para presentarla en un concurso.

Este músico poeta jamás emprende trabajo alguno que no obedezca á una idea creadora revelada por su sentimiento tan refinado y profundo que le permite internarse en lo más oculto de la esencia poética, allí donde está la verdad aún no manifestada y siendo una misma cosa que la causa de la belleza cuando reina para sí sin haber aún sido materializada bajo la forma sometida á la inspiración y al esfuerzo de artista determinado.

El espíritu de Conrado del Campo es de complejidad extraordinaria, sufriendo el dolor de todos los amores, el ansia de todos los deseos, la inquietud de todos los temores, porque se da á toda idea en sí, á cuanto forma lo universal y por eso encontramos en su música la encantada

vaguedad del más allá como realización del fin ideal que forma la apartada región en la que viven las almas privilegiadas que redimen al mundo por la belleza. Y busca la compenetración con el misterio para de él desvelar la idea manifestándola variadamente, resultando unas veces la expresión de lo inefable, en la que siempre acierta hasta ahora su sentimentalismo herido quizás del panteísmo y de las ideas filosóficas alemanas, en las que se conforma su temperamento. Idealista y reconcentrado tal vez por conocer que el mundo nunca acepta la expresión de todo el amor que contiene, es el de este artista un espíritu triste no resignado y por eso lucha su ambición, que no es otra cosa sino este mismo amor entregado al dominio de todos y troquelado por su propio dolor. Es el humano que interrumpe sus ensueños de fantasía irreal el que alienta su creación transmitiéndole la atormentada pasión de los hombres por la que se cruzan y fraternizan las vidas y entonces ese amor se da también con todos los derivados que ocultan su eternidad y finge mortal limitación con la ceguera del odio, con la suspicacia de la envidia, con la desolada recreación del orgullo, con todo cuanto disimula nuestra condición solidaria que no es necesidad sino por amor, esencia y causa de donde se forma cuanto existe; pero al encauzarse en lo finito perturba y desvía su esencial finalidad y su

intensidad toma contrarios medios y se invaden las vidas ajenas formando entre ellas ese drama de engañosa huída de la muerte.

En toda pasión vive la vida total del hombre, y de ahí ese examen que por escrupuloso no es consciente tratando además de sumar y resolver en sí toda la personalidad objeto de su pasión, y en esta voluntad que se niega á sí misma está la traba y la limitación donde todo el sentimiento amoroso se une al dolor que en la acción forma la tragedia humana, triunfo de un otro ideal que no es el apetecido y procurado, pero que es tal vez el más propio y conforme al fin no voluntario, pero ideal, de la persona que lo activa.

Conrado del Campo por soñador está herido de este sentimiento y el sufrimiento más generoso le acerca á los hombres con la vibrante emoción de su música dramática, ofrendando con ella su arte á toda la humanidad hermana, recogiendo la esencia de las vidas más bien que su manifestación externa y aprisionando el dolor que nos ofrece en su obra con la serenidad estética en la que se eterniza lo fugitivo. Pero este espíritu tan soñador y tan realista pretende idealizar la vida y los accidentes que la perturbaron ó que la intensificaron, y así penetra en el campo legendario de otras edades que fueron exaltando la poesía de los bardos, la ambición de aquellos poderosos luchadores que

desde sus castillos soñaban con los dominios de lejanos territorios, de las damas que intrigaban con el amor y por él murieron, de todo aquel pasado que vive en el misterio de las horas perdidas para nuestro afán, de esos momentos que reviven el pasado y que son refugio donde la gloria descansa, esa idea que es devoto y predilecto recuerdo del existir que ya no existe sino en el milagro de nuestra imaginación y que sólo un tiempo que fué lo diferencia de la quimera. El mismo futuro imaginado existe en potencia, y un artista puede anticiparlo y, por sola su creación, darle realidad. De ahí, la influencia social de la obra de arte, porque no sólo produce una existencia, sino la fijación permanente de la misma ante la cual giran las de los hombres, destinándose muchos bajo su acción estética, porque la belleza hace y deshace las vidas en el mundo y es la causa de las vocaciones, del camino escogido y de casi todos nuestros actos que obedecen á su venturosa seducción. Así debemos considerar cómo vienen los artistas á anticipar el futuro y á laborar más que los sociólogos las leyes del porvenir, porque nuestro espíritu adora la forma que nos descubre la esencia ideal sentida por la inspiración artística. Así Conrado del Campo, además de recrearse en la actual emoción que vive de aquellas vidas que fueron en el mundo, investiga también entre las luchas de ahora y con

su propio sentimiento las hace febrilmente palpar y entonces exalta el realismo sensual y dramático, porque aun no es idea, y con él se da completamente al mundo de lo efímero para salvarlo de tal condición y legarlo á la posteridad como su vivir más humano.

Artista de tan hondo sentimentalismo, tan romántico y de tanta idea y con poderoso dominio de los medios de su arte, ha de ser forzosamente muy inspirado en su obra y nunca podrá imputársele con razón el abuso de la técnica por el empleo de todos cuantos medios expresivos emplee en sus creaciones y mucho menos cabe argüir que con la técnica oculta su idea, porque eso equivale á decir que un escritor no puede exteriorizar su pensamiento por demasiado conocimiento y apropiado empleo del lenguaje. Así, cuando alguno de esos señores que entre nosotros escriben crítica musical censuran á todas horas la demasiada técnica, llego á pensar que no tienen claro concepto de lo que es técnica. El buen técnico no es el que use de todo el procedimiento estudiado y siempre el mismo para todo, sino el que acierta conscientemente con el más á propósito y conforme á su idea, y si ésta requiere para su expresión una técnica complicada habrá que emplearla, y si alguno después no comprende la obra, no deberá ampararse en esa complicación, sino más bien procurarse una técnica intelectual y sensitiva.

Pocos músicos habrá (entre los artistas, desde luego) tan espontáneos como Conrado del Campo, que es de los más fecundos y casi un improvisador según ya he dicho; pero su misma sinceridad y su culto al Arte le obligan á escribir conforme á su sentimiento y según su idea que nunca subordina al gusto del público ni á la busca del aplauso. Conrado del Campo escribe por imperiosa necesidad de su temperamento y por eso es su obra total tan variada y siempre apartada de lo vulgar. En todos los géneros ha encontrado inspiración creando obras de inestimable valor. Siempre, aun en el Teatro, encuentra y transmite al mismo tiempo que la acción y hasta sobre ella, el ambiente que la envuelve y la matiza y entonces su música es paisaje de emoción para nuestro espíritu y se nos da como rosario de poesía que engarza las repeticiones de un común sentimiento ya cristalizado en la Historia, soñado en la Leyenda y siempre revivido en las regiones en que se formó, y que simbolizan la emoción silenciosa de su eternidad. Este ambiente compuesto por la Naturaleza y lo que con ella y de ella vivió; esta contemplación, que es el presente de lo pasado, nos lleva como meditación á la verdad y como nostalgia sin esperanza á la irrealidad del mundo, frontera que da entrada al reino del Arte y así gracias á este poder de inspiración vive en nosotros la Provenza como refugio de trovado-

res y tierra privilegiada en la que el mismo Amor se hizo su vasallo en las trovas que son ecos, peregrinos gloriosos de los tiempos como lo fueran en los suyos de las comarcas.

Fué *El rey trovador*, de Marquina, la obra para esto escogida por Conrado del Campo, y en ella ha creado su idea de lirismo, exaltando mucho más que lo está en el drama esta parte dramática. Difícil es sin una verdadera sugestión llegar á expresar así más todavía que la acción, el emotivo simbolismo de sus personajes. Los fúnebres sonidos á la muerte de Faidit tienen toda la desolación, todo el misterio y también la indefinición de la realidad, al finalizar para ser leyenda. Sonoridades perdidas en esos castillos y que vibran en nuestras horas reposadas, en nuestras horas de recordaciones, en nuestras confidencias con cuanto murió.

Con este mismo sentimiento y siguiendo la inquietud de esas almas que vivieron las edades lejanas, se inspira el artista en la obra de Mezquita *Leonor Tellez*, contrastando en su música toda la rudeza pasional y dramática en la que se reflejan las intrigas de la reina y del rey y las luchas de los portugueses, con la descripción del encanto voluptuoso y romántico, pacífico y tranquilo, con la serena melancolía de la ciudad de Lisboa, comentada por este insigne artista con la serenidad de su tradición.

La tragedia del beso, obra del poeta Carlos

Fernández Shaw, inspirada en la *Divina Comedia*, fué estrenada en nuestro teatro Real, con música de Conrado del Campo, y tiene la visión evocadora de la genial creación y el ansia atormentada del amor siempre insatisfecho.

Con la última parte de la tragedia del duque de Rivas, compuso para su música *El final de Don Alvaro* en la que sobresale el sentimiento popular con todo acierto expresado. Son las noches clareadas de nuestras llanuras, en las que el silencio lo es para escuchar los cantos de la danza típica de cordialidad regocijada, sin pasión ni voluptuosidad, y tiene también la obra la trágica expresión de su fatalidad y de su desenlace. Esta obra, como la anterior, fué estrenada en nuestro teatro Real; y sin estrenar aún, tiene hecha en colaboración con Martínez Sierra *La culpa*, obra realista, pasional, que es la simpatía dolorosa al amor que se hizo culpa sin perder su esencia, y que únicamente en el dolor encuentra su redención. Aquí, la música del artista es humana, profundamente humana y eternamente humana, porque es el amor, es la caída, es el dolor y es la muerte, y ellos son tránsito de todos los tiempos y gérmenes de todas las vidas. Parece que este músico se recrea en el sufrir, y es así indudablemente por su amable deseo de universal comprensión, porque ella se da en el dolor que es donde las almas meditan y se unen. La alegría también finge unión entre los

hombres, pero no es ella sino el dolor que la califica y avalora el que une en las horas alegres.

También ha llevado á la música *La Neña*, de Oliver, y en ella está la tristeza resignada y la nostalgia de la región asturiana, en la que esa figura de la protagonista sufre la cruel amargura de su pasión, sólo amparada por piadosa brujería que ofrece en consuelo de esperanza lo que la realidad da en criminal insulto que materializa el fracaso fatal de una vida que forzosamente ha de apurar las renunciadas de todas. Figura sublime que representa el triunfo del espíritu ennoblecido por la incomprensión del materialismo. En la parte musical de esta obra colabora con Conrado del Campo Angel Barrios, músico andaluz nacido en Granada, y que es también una halagüeña esperanza para nuestra música nacional, siendo el autor de un poema sinfónico sobre Granada.

Las teatrales de Conrado del Campo son además de las citadas: *Dies iræ*, inspirada en un cuento alemán, de trágica pasión. *Romeo y Julieta*, en colaboración con el poeta Iracheta, y *Crepúsculos* de Francos Rodríguez, obra que también expresa el ambiente de otra región española en las diversas horas, y tanto nos transmite el severo meditar nuestro, conformado con la misticar egió salmantina, que se aduerme en las sombras que besan sus gloriosas reliquias,

mientras los cantos populares la divierten con su propio espíritu, como esas otras en que la llanura se alegra con la inundación de luz que ciega sus arideces muertas. Y en este ambiente tan propiamente descrito nos da también la expresión de una vida que vuelve después de haberse gastado y viene á rememorar los nublados recuerdos muriendo en fiestas distintas y diferentes á las que fueron la profesión de su alegría.

Hasta aquí es el presente de la obra teatral de Conrado del Campo que como vemos se crea de nuestra tradición y de la vida de nuestra raza, rústica y trágica, de sensual idealismo y de austera sujeción realista, siempre contradictoria por su exaltación pasional que no acierta á someterse al desprendimiento y pretende quiméricamente subjetivar la diversidad en la que se quiebra la lógica de la personalidad conformada á un determinado fin. Su instinto fatalista triunfa al amparo de su indolencia viviendo las más de las veces el destino que el mundo le presenta, sin pretender siquiera crearlo con el esfuerzo de su voluntad. Y de esta disconformidad nace la violencia de las pasiones, alentadas contra esta misma voluntad que se entrega vencida, y esclavizándose se pierde como tal facultad libre por su esencia, resolviéndose en la ajena que la domina conduciéndola á una finalidad distinta de la suya y

en este punto se da lo dramático, bien negándose á sí misma, ó bien recobrando su imperio para cumplir su fin, por el mismo libre albedrío que destroza el inmediato ideal que la seducción no finge.

Por eso el ideal de las almas parece algo lejano y suele considerarse tal palabra como contraposición de lo real, de lo materialmente vivido, porque nuestra voluntad tiene en su esencia una finalidad espiritual que no se nos presenta en el mundo y que únicamente el Arte nos anticipa de un modo intangible, pero con virtualidad realista, es decir, como una realidad en la que el objeto es un derivado de nosotros mismos, que representa nuestra idea objetiva expresada á través de nuestra subjetividad, de la que se forma el estilo, que es la materialización formal de nuestra espiritualidad.

Cuando el artista acierta con esta idea y logra su expresión sin modificarla por la sumisión á influencias extrañas, crea su verdadera obra, la que define su personalidad y la que le representará en su perduración. Dará entonces en ella la más estética emoción, que está en la renuncia, para que el deseo cincele nuestra ilusión eterna y tan nuestra que se nos anticipa en la creación para ser nuestro yo representativo. Porque estas obras parecen crearse espontáneamente en cuanto á la idea, aunque su expresión sea quizás más difícil; porque siendo la que en

unidad reina conforme á nuestro propio espíritu, es siempre rebelde á la externa manifestación.

Conrado del Campo vive efectivamente el dolor humano con todo el amor de fraternidad; pero este mismo amor busca un refugio de meditación emotiva donde las almas se encuentren á sí mismas fuera de todo accidente, y su fantasía le revive las glorias pasadas, presentándosele como un existir serenado que sólo fué para cantar la melodía inmortal del genio de su raza con el arte nacido de la misma luz al besar las vegas granadinas, y así crea ese Poema sinfónico de Granada, en el que nos transmite su emoción como siempre un poco meditada y profundamente subjetiva. No es por consiguiente esta obra una obra que pudiéramos llamar andaluza, porque sólo nos da la impresión de un paisaje en toda su extensión, es decir, en el conjunto de la armonía formada por la Naturaleza y su espíritu, compuesto de cuanto en ella vivió y la matiza; porque todo cuanto fué es recuerdo en el color, en el sonido y en la indefinición del ambiente donde pasó.

Con este mismo sentimiento emotivo sugerido por España, ha llevado á su música el alma de Galicia, el popular espíritu madrileño, la tradición que reposa en Toledo y la voluptuosidad que en los jardines de Aranjuez se levanta contra la severa aridez natural de su tierra, como fantasía imaginada en fantástico sueño.

En el género de la llamada música de cámara tiene hechos ocho cuartetos, uno de ellos inspirado en la leyenda de Zorrilla, *El Cristo de la Vega*, y otro, *Caprichos románticos*, en rimas de Bécquer; en éste está toda la aspiración, la idea encontrada, el anhelo siempre creciente y siempre ilusionado de Conrado del Campo, más optimista que el poeta escogido como inspirador, y este optimismo es quizás el que da á la obra su mayor claridad, obra de juventud no por inexperta sino por sugestionadora, siempre renovada y siempre eterna.

Así es la personalidad de este artista, que va desgranando sentimientos en su marcha hacia el ideal esencia de su espíritu.

ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
A mi amigo Estanislao de Abarca.....	5
Impresiones estéticas.....	9
Usandizaga.....	39
Manuel de Falla.....	51
Guridi.....	63
Joaquín Turina.....	77
Conrado del Campo.....	89

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DEL IDEALISMO EN ARTE.

LEYENDAS DEL MORAL.

EUSEBIUS Y FLORESTÁN.

